Boletín oficial del

Arzobispado de Burgos

Tomo 156 – Núm. 12
Diciembre 2014

Tomo 156 – Núm. 12 Diciembre 2014

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Dirección y Administración
RESIDENCIA ARZOBISPAL

El Arzobispo

Homilía

I

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

(Cementerio de San José, 1-11-2014)

A lo largo del año, celebramos los santos que la Iglesia ha canonizado, es decir, aquellos que ha declarado oficialmente como santos. Son aquellos a los que veneramos y suplicamos que nos alcancen del Señor una gracia material o espiritual. La Iglesia propone su ejemplo como modelo que nosotros podemos imitar, seguros de que por ese camino vamos al Cielo. Junto a estos, hay otros santos que son anónimos y son mucho más numerosos. Son tantos, que no caben en los días del año. Hoy la Iglesia los reúne a todos y los celebra en este día de Todos los Santos.

¿Cuántos son? Nos lo decía la primera lectura en la visión de "los marcados". Un número incontable de todas las razas, de todos los pueblos, de todas las lenguas, de todas las condiciones sociales. Entre ellos están, en primer lugar, todos los que prefirieron morir antes que renegar de su fe; son los que llamamos mártires. Han sido millones a lo largo de la historia. Hoy se cuentan por centenares de miles cada año. Está también ese número grande de religiosos, religiosas y sacerdotes que consagraron su vida a propagar el evangelio allí donde nunca había sido anunciado; o a consolidar la vida de los cristianos en tantas parroquias, colegios e instituciones. Pero están también los millones de padres y madres de familia que gastaron su vida en cuidar y educar a sus hijos y en trasmitirles la fe cristiana. ¡Qué inmensa multitud la de las madres que enseñaron a rezar a sus hijos desde pequeños y la de los padres que les dieron ejemplo de sacrificio, trabajo y honestidad! Están también tantos jóvenes que vivieron la castidad en medio de un mundo inmoral. Están, finalmente, ese número incontable de niños que murieron de muerte natural antes de alcanzar el uso de la razón, o que fueron sacrificados en el seno de sus madres antes de nacer. Todos ellos están gozando de la visión de Dios en el Cielo. Todos, por tanto, son santos; porque santo es, en última instancia, el que llega a la meta eterna de Dios en la gloria.

¿Qué hicieron estas muchedumbres de santos para alcanzar el Cielo? Lo hemos escuchado en la segunda lectura y en el Evangelio. Vivieron como hijos de Dios y caminaron por la senda de las Bienaventuranzas. Fueron pobres de espíritu, pacíficos, limpios de corazón, promotores de la paz y de la concordia, perseguidos por ser buenos, volcados en el amor a los demás por amor a Dios.

¿Quiere decir que nunca cometieron pecados y que su hoja cristiana de servicios está sin ningún borrón? De ninguna manera. Todos fueron pecadores. Algunos, incluso, muy pecadores. Pensemos, por ejemplo, en san Pablo, que fue encarnizado perseguidor de los cristianos antes de su conversión, o en san Agustín, que fue un gran pecador durante buena parte de su vida. La misma santa Teresa de Jesús, cuyo quinto centenario hemos comenzado a celebrar, fue durante bastantes años una monja frívola. Los santos fueron también pecadores. La única que nunca cometió el pecado más pequeño fue la Santísima Virgen, gracias a que Dios se volcó sobre Ella y la hizo Inmaculada y llena de gracia desde siempre. Los demás, cometieron pecados.

Entonces, ¿por qué ahora son santos y están en el Cielo? Por una razón muy sencilla: porque ellos reconocieron que eran pecadores, se arrepintieron de serlo y se confesaron con frecuencia. Les ocurrió como a los soldados que son heridos en la batalla y luego son curados de esas heridas. Lo

que parecía una desgracia, se convirtió después en una corona de gloria, por haber sido heridos defendiendo a la Patria. Los santos, confesando sus pecados y arrepintiéndose de ellos, hicieron que esas heridas del alma se trocaran en perlas de humildad y de agradecimiento a la misericordia de Dios.

Se cuenta en la vida de san Ignacio de Loyola que, mientras convalecía de las heridas recibidas en el asalto a Pamplona, leía muchos libros. Él había sido hasta entonces un soldado libertino y ambicioso y quería libros de caballería; novelas frívolas diríamos hoy. Pero un día ya no había más libros que leer que uno que trataba de cosas piadosas. Él comenzó a leerlo para no aburrirse. Cuando la gracia tocó su corazón, comenzó a decir: "Lo que han hecho los santos ¿por qué no puedo hacerlo yo?". Efectivamente, con la gracia de Dios llegó a ser un gran santo.

Lo mismo tenemos que decir nosotros: si los santos que hoy celebramos llevaron una vida parecida a la mía: vida de familia, de trabajo, de sacrificio; si muchos cometieron los mismos pecados que cometo yo y ahora están en el Cielo, ¿no es cierto que yo también puedo ir allá?

Sí, es cierto. Nosotros podemos –y debemos– ir al Cielo. Si no fuera así, no valdría la pena haber nacido. Nada tendría sentido. En cambio, si vamos al Cielo, vale la pena esforzarse por ser buenas personas, por ser fieles a nuestra fe y por poner en práctica los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia. Pero no olvidemos que, dada nuestra condición débil, cometeremos pecados y faltas. Por eso, necesitaremos confesarnos con frecuencia, como hicieron los santos.

Queridos hermanos: no cabe duda que entre esa muchedumbre que forman "Todos los santos" tenemos familiares, amigos y conocidos. Ellos nos están esperando en la otra orilla, para volverse a encontrar con nosotros y vivir juntos y felices para siempre. Nos esperan no de una forma pasiva, contestándose con aguardar a que un día podamos volver a juntarnos. No. Nos esperan suplicando a Dios que nos dé la gracia de arrepentirnos y confesarnos; de ser cumplidores de nuestros deberes como padres, madres, esposos e hijos, y que nos sostenga en los sacrificios, penas y fracasos que tengamos que afrontar en nuestra vida. ¿Cómo no va a ayudar ahora desde el Cielo una madre a sus hijos, un esposo a su esposa, un amigo a su amigo?

Alegrémonos, por tanto, y que el aire de nostalgia y tristeza que nos embarga al recordar hoy a nuestros difuntos que nos han precedido ya en la eternidad, lo superemos siendo conscientes de la comunión que nos une y la esperanza de llegar un día a donde ellos –como así lo deseamos– ya han llegado.

II

CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS DIFUNTOS

(Catedral, 2-11-2014)

Para la Iglesia, el día de la muerte no es un día de tristeza sino de gozo. De hecho, cuando celebra la fiesta de un santo, no lo hace el día en que ese santo nació sino el día en que murió.

¿Es que la Iglesia tiene entrañas de madrastra y no de madre? ¿O es que la Iglesia vive de espaldas a este mundo y es ajena a los dolores y sufrimientos de los hombres? En modo alguno. La Iglesia no es una madrastra sino una madraza. Y si celebra el día de la muerte de sus hijos más preclaros es porque conoce bien cuál es el sentido profundo del mundo al que nos incorporamos cuando nacemos y cuál es el sentido que tiene la despedida de este mundo con nuestra muerte.

Cuando nacemos, venimos a un mundo lleno de posibilidades, de proyectos y de alegrías. Pero venimos también a un mundo donde no faltarán los sinsabores, los fracasos y los dolores; además, es un mundo que tiene los días contados, muchos o pocos, pero contados. En cambio, la muerte nos abre a una vida nueva que no terminará ya nunca y que –si hemos sido fieles al amor de Dios y de los hombres– sólo conocerá la alegría y la felicidad. La Iglesia sabe que la muerte no es el final sino la última etapa de nuestra vida en la tierra y la puerta que nos abre a la eternidad.

No es extraño que cambiara el nombre del lugar donde recibimos sepultura, dejando de llamarlo "necrópolis", como los paganos, y sustituyéndolo por el de "cementerio". Necropolis significa "ciudad de los muertos"; mientras que cementerio significa "dormitorio". Los que creemos en Cristo, no nos morimos, sino que nos dormimos. Un día… despertaremos y ya no volveremos a morir. Ese día será el día en que resucitemos, cuando Cristo vuelva en nuestra busca.

Sí. Un día resucitaremos. Y ya no volveremos a morir. Viviremos para siempre. Este es el mensaje que ha resonado en las tres lecturas. En la segunda, san Pablo salía al paso de algunos cristianos de la ciudad de Tesalónica, que estaban muy entristecidos por la muerte de sus seres queridos, pensando que con la muerte desaparecían de ellos para siempre y se convertían en nada. El apóstol les dice: así piensan los paganos. Pero los cristianos pensamos de otro modo. Nosotros creemos que así como Cristo murió y resucitó, nosotros también moriremos y también resucitaremos.

Por eso, concluía: No hay lugar para la tristeza y el desconsuelo, sino para la esperanza. ¡Un día volveremos a encontrarnos con quienes nos han dejado!

Es el mismo mensaje que nos trasmitía la primera lectura, tomada del libro de Job. Cuando Job ha perdido todos sus bienes y todos sus hijos, su cuerpo es un retablo de llagas, y sus amigos le instan a que se rebele contra Dios, él, lleno de confianza hace esta confesión: "Bien sé que mi defensor vive y que él, el último día, se alzará sobre el polvo. Y después de que mi piel se haya destruido, desde mi carne veré a Dios. Yo lo veré por mí mismo, mis ojos lo contemplarán y no otro". Es una confesión llena de fe y de esperanza en que, tras su muerte, se acabarán todos estos sufrimientos y resucitará para se feliz contemplando con sus ojos el rostro de Dios.

En el evangelio, Jesús polemiza con los judíos que le rechazan como enviado del Padre y les dice solemnemente que el Padre le ha dado la potestad de juzgar a este mundo y que un día resucitará a los que están muertos: "Viene la hora en la que todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y los que hicieron el bien saldrán para la resurrección de la vida y los que practicaron el mal, para la resurrección de juicio". El día de los Fieles difuntos es, por tanto, para nosotros un día en que no celebramos la muerte sino la vida. Por eso, no es un día para la tristeza y la melancolía otoñal sino un día en que vivimos con más intensidad la comunión de los Santos, que celebrábamos ayer. Nos acordamos de nuestros difuntos con afecto y les recordamos con fe y esperanza cristianas. Se han ido de nuestra presencia física, pero es una partida temporal. Un día, volveremos a encontrarnos. También nosotros dejaremos este mundo; más aún, desaparecerá este mundo.

Pero ese día no sería de destrucción y ruina sino un día de gloria y de triunfo. Ese día Jesucristo vendrá al encuentro de quienes quisieron ser discípulos suyos, aplicará a nuestro cuerpo muerto la fuerza de su muerte y resurrección y nos devolverá a la vida. Jesucristo Resucitado es la respuesta al enigma de la muerte. Como recuerda el Vaticano II, "el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz, situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. Ha sido Jesucristo Resucitado el que ha ganado esa victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte" (GS).

En consecuencia, ante la muerte de nuestros seres queridos hemos de pensar que no es una pérdida irreparable y definitiva sino que se nos han adelantado y nos aguardan al otro lado de la orilla de este mundo.

Quizás tengan todavía necesidad de nosotros. Porque –aunque estén salvados–, aun no gozan de la visión de Dios sino que se purifican de sus

pecados en el Purgatorio. Ellos ya no pueden merecer para sí mismos. Nosotros, en cambio, podemos ofrecerles la ayuda de nuestras oraciones, de nuestras limosnas y de nuestras indulgencias. A lo largo de este mes, no dejemos de acordarnos de ellos con la santa Misa, el santo Rosario y las visitas al cementerio. Aprovechemos la oportunidad que nos brinda la Iglesia de ganar indulgencias plenarias y aplicárselas a ellos. La indulgencia plenaria es una gracia que Dios concede, en virtud de la cual se perdona toda la cuenta que pueda tener pendiente un alma a causa de sus pecados. Quiere esto decir, que un alma a quien nosotros le apliquemos esta gracia, deja el Purgatorio en el acto y va a gozar de la visión de Dios en el Cielo. ¡No dejemos de hacer esta inmensa obra de misericordia a nuestros difuntos!

Queridos hermanos: ¡qué hermosa es nuestra fe!, ¡qué consoladora! ¡qué optimista! Hasta el mayor enigma de nuestra vida –que es la muerte–, encuentra respuesta en ella. Demos gracias a Dios por haberla sembrado en nuestros corazones, sintamos la responsabilidad de conservarla y acudamos a la Eucaristía para que se fortalezca y acreciente. Apoyados en ella, viviremos nuestra vida en la tierra con todo empeño y responsabilidad. Pero con la puesta fija en lo que es nuestro verdadero destino: el encuentro definitivo con Dios y con los hermanos que nos han precedido.

Así sea.

* * *

III

FUNERAL POR OBISPOS Y SACERDOTES DIFUNTOS

(Catedral, 5-11-2014)

Todos los sacerdotes de una diócesis estamos unidos por una íntima fraternidad sacramental, gracias a nuestra común consagración y misión. El presbiterio diocesano es una manifestación de esa fraternidad sacramental y expresión concreta de la familia sacerdotal de una diócesis. Esta fraternidad no se rompe ni destruye con la muerte, sino que entra en una fase nueva. Por ello, ningún sacerdote puede ser ajeno al amor y ayuda de los demás sacerdotes mientras vive y después de haber terminado el curso de nuestra peregrinación por este mundo.

Es lógico, por tanto, que después de habernos acordado de todos los fieles difuntos, especialmente de los fieles difuntos de la diócesis, nos reunamos hoy para rezar por todos los sacerdotes, obispos y presbiteros que consagraron su vida al servicio de esta porción del Pueblo de Dios, que es nuestra diócesis; y, de modo particular, por los que nos dejaron a lo largo del último año: Carmelo Vega Ortega, Bruno González González, Julián Albillos Albillos, Daniel Alarcia Hernando, Luis González Ortiz, José Alonso de Linaje, Joaquín Letona Cordejuela, Ángel Bravo Pérez, José María Portillo Barbero, Martín Ángel Rodríguez Miguel, Avelino Peña Pérez, Luis Gómez Ruiz, José Luis Gutiérrez Hurtado, Amador Peña García.

Esta celebración es un acto de coherencia con lo que tantas veces hemos predicado a los fieles. A ellos les hemos dicho que todos somos pecadores, ni ellos ni nosotros hacemos todas las cosas según el querer de Dios. Nuestra debilidad humana nos lleva ofender a Dios y, como consecuencia, a perjudicar a la Iglesia y a todos los hombres. Es verdad que, si nos confesamos y arrepentimos, Dios no se cansa de perdonarnos.

No obstante, sabemos –y así lo hemos predicado también a nuestros fieles– que la confesión y absolución de los pecados deja siempre una "cuenta pendiente" por haber ofendido a Dios. Al cabo de una vida, esa "cuenta" puede ser muy grande. Quizás la hemos ido reduciendo con nuestras oraciones, limosnas, sufrimientos, enfermedades, achaques de vida y la vejez, y las indulgencias que podemos lucrar del tesoro infinito de los méritos de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de Todos los Santos. De todos modos, no es improbable que, al morir, aún haya muchas cosas que purificar antes de entrar a gozar de Dios en el Cielo y que por tanto el Purgatorio sea un paso obligado. Traspasado el umbral de la eternidad, ya nadie puede merecer o desmerecer y, por ello, su purificación queda en manos de Dios y en las de quienes todavía pueden merecer para sí mismos y para los demás. Aquí se fundamenta la doctrina de los sufragios que la Iglesia ha aplicado a los difuntos desde sus mismos orígenes. En especial, el sacrificio de la Misa.

Todos recordamos la muerte de santa Mónica. Cuando sus hijos están hablando de trasladarla desde Ostia a Tagaste, ella les dice que no se preocupen por esta eventualidad. En cambio, les encarga que no se olviden de ella en el sacrificio del altar. La Iglesia siempre ha ofrecido el sacrificio redentor de Jesucristo por sus fieles difuntos, como lo atestigua la mención expresa que de ellos hizo siempre en las plegarias eucarísticas de la misa. Ahora, después del concilio Vaticano II, lejos de variar esta praxis, la ha reforzado. Baste pensar, por ejemplo, en la belleza de la tercera plegaria eucarística actual, que rezaremos en breve. El Vaticano II nos ha dejado este hermoso texto en la gran Constitución dogmática sobre la Iglesia: "Es-

te sagrado Sínodo recibe con gran piedad la venerable fe de nuestros antepasados acerca del consorcio vital con nuestros hermanos que aún están purificándose después de la muerte, y de nuevo confirma los decretos de los sagrados Concilios Niceno II, Florentino y Tridentino" (LG 50).

Este es el motivo por el cual hemos venido a ofrecer hoy el santo Sacrificio de la Misa por los obispos y presbíteros "que nos han precedido en el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz". De este modo, confesamos la fe que predicamos, somos coherentes con lo que enseñamos a los fieles y cumplimos con un honroso deber de caridad.

Pero los sacerdotes nunca estamos desarraigados de nuestras familias ni de nuestras comunidades. Al contrario, nos sentimos especialmente vinculados con nuestros padres y hermanos, y con quienes hemos ido sirviendo a lo largo de nuestra vida ministerial. Ahora –cuando la familia cristiana está atravesando tantas situaciones penosas– comprendemos todavía mejor la inmensa deuda de gratitud que tenemos con quienes nos dieron la vida y nos trasmitieron la fe en Jesucristo. Por eso, en esta eucaristía vamos a tener un recuerdo muy especial para nuestros padres difuntos. Seguramente que su vida santa ha hecho posible que gocen ya de la presencia de Dios en el Cielo. Por si todavía nos necesitan, aplicamos hoy este sacrificio por su eterno descanso. Y con nuestros padres y hermanos de sangre, todos aquellos a quienes hemos consagrado nuestra vida sacerdotal. Pidamos por todos ellos, especialmente por los que más lo necesiten.

Concluyamos, queridos hermanos, con unas palabras del Vaticano II, que pueden servirnos como glosa autorizada de lo que hemos proclamado en el Evangelio y que son el mejor estímulo para vivir lo que nos proponía san Pablo en su Carta a los romanos: "Cuando Cristo se manifieste y tenga lugar la gloriosa resurrección de los muertos, la gloria de Dios iluminará la ciudad celeste, y su lumbrera será el Cordero (cf. *Ap* 21,23). Entonces toda la Iglesia de los santos, en la felicidad suprema del amor, adorará a Dios y «al Cordero que fue inmolado» (*Ap* 5, 12), proclamando con una sola voz: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, gloria, imperio por los siglos de los siglos» (*Ap* 5, 13). Que así sea.

✻✻✻

IV

CLAUSURA DE "LAS EDADES DEL HOMBRE" (TV 2)

(Parroquia de Santa Catalina de Aranda, 9-11-2014)

Hoy es el domingo 32 del Tiempo ordinario, pero celebramos la fiesta de la Dedicación de la Basílica de san Juan de Letrán, en Roma, porque es la catedral del Papa. El significado de esta fiesta lo encontramos en la placa que hay a la entrada de ese templo monumental: "Mater et caput omnium ecclesiarum", "Madre y Cabeza de todas las iglesias" esparcidas por el mundo.

Dos son los mensajes principales de esta celebración. El primero es éste: Jesucristo es el principio y fundamento de su Iglesia; pero la Cátedra de Pedro, que ahora preside el papa Francisco, es el fundamento y signo visible. Gracias a nuestra unión con el Papa, tenemos la certeza de que seguimos profesando y celebrando la fe, los sacramentos y la moral que nos trasmitieron los apóstoles y que estamos unidos con todos los cristianos que hay en el mundo. Nuestra comunión con la cátedra de Pedro es la garantía de que vamos por el camino que nos conduce hacia el Cielo. Por tanto, la fiesta que hoy celebramos quiere ser una manifestación de nuestro amor y unión a la Cátedra de Pedro y un estímulo para estrechar los vínculos con todas las comunidades cristianas.

Al hilo de esta realidad podemos hacernos algunas preguntas: ¿Rezo y me mortifico por la persona y el ministerio del Papa? ¿Trato de sintonizar mis criterios y mi conducta con lo que él enseña? ¿Me acuerdo de pedir por todos los cristianos y, en especial, por los que están perseguidos a causa de su fe?

El segundo mensaje de la fiesta de hoy se encuentra en las lecturas. Es este: el verdadero templo de los cristianos no son las catedrales –aunque sean tan hermosas como la nuestra–, las colegiatas y las iglesias, sino el Cuerpo Resucitado de Cristo. El pueblo de Israel tenía el emblemático Templo de Jerusalén, cuya grandiosidad y belleza deslumbraban a propios y extraños.

Pero Jesucristo lo sustituyó por el Templo de su Cuerpo, Muerto y Resucitado, como nos ha recordado el Evangelio. Él entró en ese Templo de una vez por todas, como el Sumo Sacerdote de la nueva Alianza. No entró como hacían aquellos sacerdotes, para ofrecer la sangre de toros y animales. Entró para ofrecer su propia Persona como sacrificio redentor por todos los hombres.

De este modo, hizo posible que en ese Templo brotara la fuente que nos recordaba la primera lectura, cuyas aguas salvadoras purificaron y dieron vida a las aguas putrefactas y muertas que anegaban el mundo entero por los pecados. Esas aguas han llegado hasta nosotros por el Bautismo. Gracias a él, nos hemos convertido en piedras vivas del Templo de Cristo; más aún, somos templo de Cristo por el Espíritu, como nos decía la segunda lectura.

Queridos hermanos: es deseable que los cristianos tengamos lugares específicos donde podamos celebrar nuestra fe. Hoy son muchas las naciones donde esto no es posible, porque creer en Cristo está prohibido violentamente. Pensemos, por ejemplo, en tantos países de Oriente Medio, Asia y África. Sin embargo, esos hermanos nuestros –y nosotros, si llegara el caso– siguen teniendo el Templo por antonomasia: el Cuerpo de Cristo Resucitado.

Por eso, siguen celebrando la Eucaristía, aunque sea en lugares tan inverosímiles como son una cárcel, el claro de un bosque o las orillas de un río. No tienen templos de piedras y ladrillos, pero tienen el Templo del Cuerpo de Cristo, del que ellos son las piedras vivas. Allí se siguen purificando en las aguas del bautismo y de la penitencia y se siguen alimentando con el sacramento de la Palabra y del Cuerpo del Señor.

Más aún, aunque ellos no puedan reunirse ni siquiera en esos lugares, nada ni nadie les impedirá seguir siendo piedras vivas del Templo de Cristo en su propia familia, en su trabajo y allí donde discurre su vida.

Mientras celebramos esta Eucaristía, en el marco de esta ciudad de Aranda donde está teniendo lugar las Edades del hombre –que está centrada, precisamente, en la Eucaristía– renovamos nuestra conciencia de ser piedras vivas del Templo de Cristo por nuestro Bautismo y el compromiso de permanecer siempre en ese Templo por la fe y la eucaristía de cada domingo.

✻ ✻ ✻

V

INICIO DE CURSO DEL APOSTOLADO SEGLAR

(Facultad de Teología, 10-11-2014)

Estamos celebrando el comienzo de un nuevo año pastoral con los miembros del Apostolado seglar de la diócesis. Y, como siempre, la Palabra de Dios se hace nuestro guía para el recorrido del camino. San Pablo nos ha recordado –con trazos gruesos– las tres grandes verdades de todo apóstol. Primera: ser apóstol es un deber, un mandato, una obligación que nos ha impuesto el Señor; segunda: ¡pobres de nosotros si no cumplimos ese deber!; y tercero: ser apóstol no es cuestión de técnicas sino de entrega generosa.

1. Ser apóstol es cumplir un mandato del Señor. Efectivamente, quienes hemos recibido el bautismo, nos hemos incorporado a la misión del Señor. Esa misión no es otra que anunciar a los hombres y mujeres que se cruzan en el camino de nuestra vida, que Dios les ama, que quiere hacerles hijos suyos y que desea ardientemente que sean felices en la tierra y luego en el cielo. Ese anuncio lleva consigo decirles que se conviertan, que cambien de vida, que se arrepientan de sus pecados y pidan el bautismo –si todavía no lo han hecho– o que recuperen su frescura –si lo han orillado u olvidado–.

Estamos viviendo una situación en la que es urgente anunciar el kérigma, antes que los mandamientos y los sacramentos. El kérigma o primer anuncio es la comunicación del evangelio como lo que realmente es: "buena noticia", gozosa noticia, noticia salvadora. Antes que anunciar la obligación de amar a Dios, es preciso anunciar que Dios nos ama. Más aún, que nos ama tanto, que ha enviado a su propio Hijo para morir por nosotros y, así, darnos la posibilidad de hacernos hijos suyos por el bautismo. Tenemos que ser cada día más conscientes de que –como decía el Evangelio– "la mies es mucha" y que el Señor nos dice como a los setenta y dos: "Id" a ella para evangelizarla.

¿Quiénes son "esa mies"? Pueden ser nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros parientes, nuestros compañeros de trabajo, los emigrantes que viven en nuestro barrio, los que viven en nuestro mismo portal. A "esa mies" pertenecen tantos niños en edad escolar que no han recibido el bautismo, tantos adultos que no están bautizados o que no ha recibido la confirmación ni la primera comunión, tantos jóvenes que viven en pareja sin estar casados, tantos matrimonios que se han divorciado, tantos cristianos que no participan en la vida de la Iglesia o que, incluso, hablan mal de ella y la menosprecian. Es verdad ¡¡"la mies es mucha"!!

2. Ante esta situación la única respuesta es la que contiene la exclamación de san Pablo. ¡¡"Ay de mí, si no evangelizara"!!¡ay de mí, si no fuera a su encuentro para darles a conocer a Jesucristo!! Todos hemos de sentir la urgencia de la nueva evangelización. En primer lugar, los obispos y los sacerdotes. Los obispos porque han sido enviados por Jesucristo para ser los pastores de su pueblo y los primeros responsables de la evangelización. Los sacerdotes, como colaboradores natos y necesarios de los obispos. Pero también los seglares tenéis el derecho y el deber de anunciar a Jesucristo. Todos los fieles, desde el Papa al último bautizado participan de modo activo y corresponsable en la única misión de Jesucristo y de la Iglesia. El Vaticano II lo ha dicho con toda claridad en el decreto sobre el Apostolado de los laicos: "La vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación también al apostolado" (AA 2). Ese mismo decreto explicita que "la Iglesia ha nacido con este fin: propagar el reino de Cristo en toda la tierra (…) y hacer así a todos los hombres partícipes de la redención salvadora y por medio de ellos ordenar realmente todo el universo hacia Cristo. Toda la actividad del Cuerpo místico, dirigida a este fin, recibe el nombre de apostolado; el cual lo ejerce la Iglesia por obra de todos los miembros" (AA 2).

En esta perspectiva se entiende bien que el apostolado de los seglares es absolutamente indispensable para el mantenimiento y crecimiento del Reino de Dios. Ese apostolado es todavía más necesario y urgente en los ámbitos que el papa Francisco llama "las periferias", físicas o morales. Sobre todo, las morales. Esto mismo nos indica que el apostolado seglar no tiene su principal campo de acción en las celebraciones litúrgicas. Ciertamente, también los seglares pueden y deben ejercer algunos ministerios litúrgicos, como ser lectores o, en algún supuesto especial, ministros extraordinarios de la comunión. Pero el campo de la nueva evangelización está sobre todo fuera del templo: es la familia, son los jóvenes, son los alejados, son los que nunca han pertenecido a la Iglesia o la han abandonado, son los campos inmensos donde se desarrolla el trabajo humano: las fábricas, los comercios, la economía, la política, el sindicato.

3. San Pablo nos daba la clave para hacer apostolado: "hacerse todo a todos". Es decir, estar al lado de las personas que ríen y lloran, que sufren por la pérdida de un hijo o porque se han ido al paro; hacerse cercano, escucharlas, hacer por ellas lo que esté en nuestras manos.

No es cuestión de técnicas ni de programas. Esas cosas pueden ayudar. Pero lo verdaderamente importante es tener celo apostólico, sentir la urgencia de dar a conocer a Jesucristo, vibrar ante las necesidades materiales y espirituales de quienes nos rodean.

Esta vibración apostólica no es cosa de sentimientos ni voluntarismos. Es fruto del amor a Dios y a los demás y de estar bien enraizados en Cristo

por la oración y los sacramentos de la Eucaristía y Penitencia. Si siempre fue verdad que "sin Mí no podéis hacer nada", hoy todavía lo es más. ¡Si no contamos de verdad con Jesucristo, seremos incapaces de hacer frente a las inmensas necesidades y urgencias del apostolado! En cambio, con Cristo se hace verdad lo que decía san Pablo: "Todo lo puedo en aquel que me conforta".

Queridos hermanos: comencemos con alegría y gozo el nuevo curso pastoral y hagamos el firme propósito de lanzarnos al apostolado con renovadas energías. Pero, a la vez, digamos al Señor que queremos contar con él, porque somos conscientes de nuestra debilidad. Y pidamos a la Santísima Virgen que nos proteja bajo su manto de Madre y de Reina de los Apóstoles.

✻ ✻ ✻

VI

ORDENACIÓN DIACONAL DE FRAY JOSÉ LUIS GALIANA HERRERO

(Monasterio de San Pedro de Cardeña, 27-11-2014)

Nos hemos reunido en este querido y estimado monasterio para la ordenación de diácono del hermano José Luis. Según nos ha recordado la Palabra de Dios, este hermano está aquí porque ha escuchado la voz de Dios que quiere elegirlo para llevar la salvación a su pueblo. El diácono, en efecto, es un ministerio que participa de la misión profética de Jesucristo y es asociado al Obispo para anunciar al pueblo el Evangelio del reino y llamarlo a la conversión. En virtud de la ordenación, se convierte en ministro de la Palabra, como lo indica el gesto de la entrega del Evangelio. Ciertamente todavía no puede predicar la homilía en la Eucaristía, pero desde hoy tiene una vinculación tan especial con el Evangelio, que a él le corresponde proclamarlo, aunque haya presbíteros u obispos concelebrantes.

Pero no es este el único ministerio que asume el ordenando. La lectura del libro de los Hechos nos ha recordado que lo más específico de un diácono es el servicio de la caridad como ayuda del obispo. En efecto, que cuando creció la primera comunidad cristiana de Jerusalén, surgió la ne-

cesidad de prestar a las viudas unos servicios parecidos a los que prestan hoy nuestras Cáritas. En un primer momento, fueron los mismos Apóstoles quienes realizaron ese servicio. Pero esto trajo consigo substraer tiempo al ministerio de la predicación. Por eso, para armonizar el servicio de la predicación y el de la caridad –indispensables los dos–, hicieron esta opción: ellos se dedicarían de lleno a predicar, y un grupo de hombres, elegidos por ellos pero presentados por la comunidad, se dedicarían a la atención de los necesitados, en particular a dar de comer a las viudas.

Desde entonces, los diáconos se dedicaron preferentemente a este servicio durante varios siglos. En la Iglesia de Roma llegó a tener tanta importancia, que el protodiácono era elegido sucesor del Romano Pontífice. Por este motivo, cuando las autoridades romanas querían despojar de sus bienes a la Iglesia, se dirigían a los diáconos, pues eran ellos los que administraban los recursos destinados a los pobres. Con el paso del tiempo y el cambio de las circunstancias, los diáconos perdieron importancia en este servicio y se centraron prevalentemente en el servicio del obispo en el altar. Hoy, con la restauración del diaconado permanente, de nuevo ha vuelto a primer plano del ministerio diaconal este servicio.

El que hoy es admitido al orden de los diáconos, no lo es para serlo *establemente*, sino como requisito previo para acceder un día al orden presbiteral y con él al ministerio por excelencia del presbítero: la celebración de la Eucaristía. Por eso, sin dejar a un lado el ministerio de la caridad, recibe el diaconado para ser ministro ordinario de la sagrada comunión y de la exposición del Santísimo Sacramento así como ministro ordinario del bautismo. Desde hoy, por tanto, el nuevo diácono asume una vinculación especial con Evangelio, con los pobres y con la Eucaristía. Estos han de ser desde ahora sus tres grandes amores.

Seguramente que el ordenando ya es lector asiduo y creyente del Evangelio. Sin embargo, desde hoy ha de serlo de una manera especial. La lectura del evangelio es imprescindible para conocer a Jesucristo. Es imposible amar al Señor sin tratarle en el Evangelio de modo habitual. El evangelio es la fuente de donde brota el agua que sacia la sed de Dios que albergan los hombres y las mujeres de todos los tiempos. También nuestros contemporáneos. El papa Francisco está firmemente persuadido de la necesidad que tienen los fieles de leer a diario el evangelio. De hecho, en pocos meses ha invitado varias veces, a los que participaban en las audiencias de los miércoles y en el rezo del Ángelus, a llevar consigo unos evangelios y leerlo todos los días. En una ocasión regaló cien mil ejemplares a los asistentes.

Querido José Luis: imita este bello gesto y anima a leer el evangelio a tantas personas que el Señor acerca hasta los muros de este monasterio, en búsqueda de Dios y de un sosiego espiritual para su ajetreada vida.

Los pobres han de ser también otra de tus preferencias. Un monje tiene experiencia personal de la pobreza material. A veces, es una experiencia prolongada y fuerte. Esta experiencia facilita comprender y ayudar a los que no tienen trabajo o pueden perderlo o sufren cualquiera otra necesidad. Con frecuencia no es mucho lo que en este campo puede hacer. Sin embargo, la acogida fraterna de los huéspedes es una tradición monástica muy arraigada y que el nuevo diácono está llamado a practicar con especial gusto.

Además, a los muros de los monasterios llegan con más frecuencia otro tipo de pobres; sobre todo, en este momento en que nos toca vivir: personas alejadas de Dios –que es la pobreza suprema–, personas con problemas matrimoniales, jóvenes sin sentido para sus vidas, adultos decepcionados y sin esperanza. ¡Qué inmenso panorama se abre a tus ojos, nuevo diácono!

El tercer amor es la Eucaristía. En realidad, es el primero y, en cierto sentido, el único. Porque el Pan de la Palabra nos lleva al Pan de la Eucaristía y el Pan de la Eucaristía pone en nuestro corazón el amor a los pobres. No podemos engañarnos: sin Eucaristía no es posible una vida cristiana ni una vida sacerdotal ni una vida diaconal. Sin alimentarnos con el Cuerpo de Cristo no tenemos fuerza para nada: "Sin Mí, nos decía el Evangelio, no podéis hacer nada", mientras que "si permanecéis en Mi, daréis fruto abundante y duradero". Sin el trato asiduo con Jesús Sacramentado, nuestras comuniones se hacen rutinarias y nuestra actividad queda convertida en burocracia y sin alma. Por eso, querido José Luis, el trato que ya tienes con la Persona de Jesucristo en la Eucaristía ha de sufrir un fuerte incremento.

Queridos hermanos: dispongámonos ya a participar de modo piadoso y consciente en el rito con el que voy a ordenar diácono a este monje del Cister.

* * *

Mensajes

I

MATRIMONIO, EVANGELIZACIÓN Y RENOVACIÓN DE LA IGLESIA: CINCO CLAVES DEL PAPA FRANCISCO

(Cope, 2-11-2014)

El movimiento Schoenstatt está celebrando los cien años de su fundación. Con este motivo han acudido al Vaticano unos ocho mil miembros y han mantenido un encuentro con el Papa en torno a la "Familia como propuesta de vida". Algunos peregrinos plantearon al Papa algunas preguntas relacionadas con la nueva evangelización, la renovación de la Iglesia y el papel que juega en todo esto el matrimonio y la familia.

El papa Francisco respondió con la frescura y gracejo que le caracterizan y señaló estas cinco claves: acompañar a los novios, no ser una Iglesia de "selectos", rezar y abandonarse en Dios, renovar el corazón de cada uno y tener a la Virgen por Madre.

En primer lugar, acompañar a los novios. Partiendo del hecho de que "la familia y el matrimonio nunca han sido tan atacados como ahora", bien sea de modo directo o con los hechos, manifestó que un buen antídoto es una preparación seria de los novios. "La preparación al matrimonio tiene que venir de muy lejos. Acompañar, pero siempre de cuerpo a cuerpo (uno a uno). Saber qué es lo que van a hacer. Muchos no saben lo que hacen y se casan sin saber qué significa". El papa san Juan Pablo II estaba también convencido de esta preparación, que no puede reducirse a un breve cursillo prematrimonial o a una charla para preparar el rito sino que ha de comenzar desde el noviazgo e incluso antes.

La segunda clave que aportó el papa Francisco fue la urgencia de que la Iglesia se convierta en una realidad misionera y vaya en busca de los que se han ido y de los que todavía no han entrado. Porque "una Iglesia que no sale es una Iglesia de "exquisitos" (de "selectos") Un movimiento eclesial que no sale en misión, es un movimiento "de exquisitos".

En tercer lugar, para el Papa es imprescindible afrontar la reforma del corazón de cada uno de nosotros. Está bien "renovar la Curia" y "el Banco del Vaticano", como estamos haciendo, dijo. Pero todas esas "renovaciones son externas" y de ellas son de las que hablan "los diarios". Y añadió: "Es curioso. Ninguno habla de la renovación del corazón. No entienden nada de lo que es renovar la Iglesia. La renovación de la Iglesia es la santidad. Renovar el corazón de cada uno". Es lo que vio nuestro pueblo de antaño, cuando sentenció aquello de "los mismos perros con distintos collares". La renovación de las estructuras es necesaria, incluso imprescindible. Pero si las personas no cambiamos, no habrá una verdadera renovación. ¡Qué bien lo entendió, por ejemplo, santa Teresa, cuyo quinto centenario hemos comenzado a celebrar!

En la nueva evangelización y renovación de la Iglesia la Virgen ocupa un papel de primer orden. "El cristiano no tiene derecho a ser huérfano. Tiene Madre. Tenemos Madre". El papa ilustró esta verdad con una anécdota: "Un anciano predicador con mucha chispa, terminó su sermón diciendo: '¡Bueno, y el que no quiera a María como Madre, la va a tener como suegra!'".

La última clave apuntada por el Papa fue mantener la alegría y la esperanza. Él, que tanto abunda en estas dos virtudes, descubrió su secreto: "Me abandono y rezo. Él (Jesucristo) nunca me falla. Él no falla".

Ayer celebrábamos la fiesta de Todos los Santos. Su variedad es como la de un jardín botánico de flores. Todas son hermosas y todas son diferentes. Pero todas tienen un rasgo común: son flores. Todos los santos son hermosos y distintos. Pero todos han coincidido en lo que señala el Papa: renovaron su corazón, amaron intensamente a la Virgen, se fiaron de Jesucristo, hicieron apostolado y, cuando se trata de matrimonios, lo prepararon arraigando su fe en Dios, su oración y su amor. Eso explica que fueran los grandes reformadores de la Iglesia.

✻✻✻

II

PARTICIPAR EN TU PARROQUIA, CUESTIÓN DE PRINCIPIOS

(Cope, 9-11-2014)

En cuestiones de fe, los católicos no somos versos sueltos o uvas a granel sino versos de un poema y uvas arracimadas. Leyendo las primeras páginas de la primera historia de la Iglesia, que son los Hechos de los Apóstoles, esto aparece con meridiana claridad. Los que recibían el bautismo, formaban una piña en torno a los apóstoles para escuchar su palabra, celebrar la eucaristía y vivir la caridad entre ellos y con los demás. Ciertamente, la situación favorecía este proceder, porque "ser los primeros" es siempre una circunstancia aglutinante. Pero cuando el ambiente fue adverso y hostil, los cristianos continuaron formando comunidades bien unidas. Ha sido durante los últimos siglos el momento en que otras circunstancias han contribuido a debilitar, cuando no a cuartear, esta realidad. Eso explica que hoy no sea infrecuente que muchos católicos tengan un poco difuminada o borrosa su pertenencia a una diócesis y a una parroquia.

El concilio Vaticano II supuso un punto de inflexión, al ratificar solemnemente que todos los bautizados somos Iglesia, todos somos miembros de un mismo Cuerpo, no sólo los obispos y los sacerdotes. Consiguientemente, todos somos corresponsables de la vida y actividad de la Iglesia y entre todos tratamos de sacar adelante sus proyectos y resolver sus problemas y necesidades.

Las ideas del Concilio se van abriendo paso poco a poco en las diversas geografías donde está asentada la Iglesia, pero, al día de hoy, todavía es mucho el camino que falta por recorrer. El papa Francisco se hacía eco de ello en una audiencia reciente de los miércoles, constatando que cuando los medios de comunicación social hablan de "la Iglesia", se están refiriendo al Papa, a los obispos, a los sacerdotes y a los religiosos, no a los discípulos de Jesucristo, es decir, a todos los bautizados. Otro tanto podría decirse de las conversaciones que mantienen un padre con sus hijos o un seglar con otro seglar, cuando comentan algo relacionado con la Iglesia. ¡Qué difícil está resultando superar la idea de que la Iglesia no se identifica con su Jerarquía!

España no es una excepción. También entre nosotros está abriéndose con mucha dificultad la convicción de que todos los bautizados pertenecemos por igual a la Iglesia, aunque cada uno tengamos un papel específico. Justo es reconocer que cada día son más los cristianos de a pie que van

superando el binomio "Iglesia igual a Jerarquía", redescubriendo la grandeza y dignidad de su bautismo y considerándose miembros de pleno de derecho de la Iglesia.

Uno de los factores que ha impulsado la recepción de estos nuevos aires ha sido la celebración del "Día de la Iglesia diocesana". Se trata de una Jornada especial que se celebra el tercer domingo de noviembre, en la que se recaba la atención y ayuda de todos los católicos para ayudar a "su" Iglesia. Este año tiene lugar el próximo 16 de noviembre, con el lema "Participar en tu parroquia es hacer una declaración de principios". En efecto, es cuestión de principios sentirse implicados en llevar a los hijos a la catequesis, ser catequistas, formar parte de alguna de las asociaciones, echar una mano en la Cáritas, etcétera.

En este momento, una manifestación bien concreta de ese espíritu de actuar "con principios" es hacernos corresponsables del sostenimiento *económico* de nuestra parroquia y de nuestra diócesis. No hace falta especificar que las necesidades son muchas, sobre todo, si queremos seguir siendo un referente en la ayuda a los necesitados: emigrantes, parados, madres solteras, etc. Una buena oportunidad para reflexionar que nuestra parroquia y nuestra diócesis necesitan nuestra ayuda y nuestro compromiso económico. Hagamos de ello una "cuestión de principios" y obremos en consecuencia.

✲ ✲ ✲

III

UN MODO DIFERENTE DE VIVIR LA MUERTE

(Cope, 16-11-2014)

Brittany Maynard era una chica norteamericana de 27 años. Le habían diagnosticado un tumor cerebral y tomó la decisión de morir ingiriendo fármacos letales en una situación que ella presentaba como "ideal". Y colgó en la red esta decisión. A partir de este momento comenzó a ser titular de prensa durante varias semanas. Las redes sociales no cejaron de decirle "ánimo", para que diera el paso anunciado. Y, efectivamente, lo dio. Las redes sociales siguieron jaleándola. Más todavía los partidarios de la euta-

nasia. En cambio, las organizaciones pro-vida de los Estados Unidos han alertado de que la presentación "amable" del suicidio de Brittany puede suscitar un efecto de imitación y respaldar a los que propugnan legislaciones eutanásicas. Algunos expertos en cuidados paliativos piensan que puede incidir negativamente en personas que consideran que sí es digna su vida de enfermo. Porque, si es verdad que algunos enfermos prefieren anular el dolor por vía de suicidio asistido, no es esa la única opción ni la más frecuente.

Sin entrar a valorar la conciencia de Brittany ni otras circunstancias, lo que está claro es que no se puede decir que el suicidio asistido sea la solución para los enfermos terminales. Porque la medicina no puede ir contra la vida sino que ha de servirle de ayuda y apoyo.

Nadie niega que en el último tramo de la vida las limitaciones y el dolor suelen ser compañeros inseparables. Para una sociedad materialista e individualista no tener salud, capacidad intelectual y libertad de movimientos hace a una persona inútil e improductiva. Más aún, la convierte en un peso muerto que obliga a gastar en ella lo que habría que invertir para mejorar la vida de los sanos y productivos. Por absurdo e incomprensible que parezca, algún político europeo ya ha planteado privar de la seguridad social a las personas de setenta años.

Nuestra sociedad materialista no puede entender que la dignidad de la persona no está en que tengas o no tengas salud o capacidad intelectual y física sino en la misma persona. Toda persona tiene dignidad por el simple hecho de serlo. ¿Quién se atrevería a decir que una persona con dinero es más digna que otra que sea pobre, que un jugador de élite tiene más dignidad que un minusválido o que un chico con síndrome de Down es menos digno que un premio Nobel?

Además, ya se sabe a dónde nos lleva legislar para casos concretos y extraordinarios. Lo que sucede en Holanda, Suiza o Luxemburgo es muy esclarecedor. La eutanasia comenzó como práctica muy restrictiva y hoy es una forma de ir eliminando personas. De hecho, algunos ya están sacando a sus familiares fuera de esas naciones, porque cuando llevas a tu madre o a tu padre al hospital no sabes ya lo que va a pasar allí, ya que es el propio médico el que decide si debe vivir o morir. Cuando los hombres usurpamos el puesto a Dios y legislamos sobre la vida y la muerte lo estropeamos todo.

Los estándares materialistas sostienen que sólo hay calidad de vida cuando hay vitalidad física, salud, movilizad. Quienes tenemos una concepción trascendente de la vida y, en especial, quienes somos cristianos sabemos que toda persona es imagen de Dios y posee una dignidad que

nada ni nadie puede violar. Ya hemos visto a dónde nos ha llevado la legislación abortista y a dónde nos ha conducido montar la economía poniendo el centro en la ganancia y no en la persona. No introduzcamos más cultura de muerte, aunque la disfracemos del pomposo título de "muerte digna" (eutanasia). Lo que va contra la dignidad de la persona siempre es indigno de la persona. La solución no es la eutanasia sino los cuidados paliativos y el respeto a la dignidad inviolable de la persona humana.

* * *

IV

LA ÚLTIMA ASAMBLEA PLENARIA DE OBISPOS DE ESPAÑA

(Cope, 23-11-2014)

Acabo de regresar de la Asamblea Plenaria de los obispos de España que ha tenido lugar en Madrid. Hemos tratado muchos asuntos de interés y hemos elaborado una *Nota* sobre la realidad social de España. Sin embargo, me parece que vale la pena referirse al discurso de apertura, pronunciado por el Presidente de la Conferencia Episcopal, monseñor Ricardo Blázquez, arzobispo de Valladolid. Aunque los medios de comunicación se han hecho eco, tengo la impresión de que merecía otro tratamiento. Se trata, en efecto, de un discurso en el que se recogen varios asuntos de gran calado: la *Relación final* del Sínodo extraordinario de obispos sobre la familia, la preparación al sacramento del matrimonio, el año de Santa Teresa, la defensa de la vida y de la mujer, y la situación de la vida pública española.

Respecto a la *Relación final* del Sínodo me parece que lo más destacable es esta afirmación: "La Relación es un documento de discusión y un material de trabajo para la próxima Asamblea" que tendrá lugar el próximo octubre. Y esta propuesta: "¿No sería conveniente que en Comisiones de la Conferencia Episcopal y en las diócesis, en Facultades de Teología y de Derecho Canónico, fueran tratadas algunas cuestiones" donde es necesaria la colaboración entre obispos y teólogos?

En cuanto al matrimonio, monseñor Blázquez manifestó la preocupación que todos sentimos no sólo por el aumento de divorcios sino también

por el descenso de matrimonios canónicos y de matrimonios en general. Sin entrar a fondo en el análisis de las causas y en las propuestas de solución, sí que dijo algo de lo que todos los obispos estamos cada vez más convencidos: "la preparación para el sacramento del matrimonio no puede limitarse a algunos encuentros ocasionales". Es necesario ahondar en la relación que existe entre "fe cristiana y sacramento del matrimonio" y en la "identidad cristiana", porque "si la identidad cristiana está oscurecida, lo estará obviamente el sacramento del matrimonio".

Sobre el Año Teresiano propuso volver a los escritos y a la vida de la Santa, para descubrir o redescubrir que ella "ante todo y sobre todo fue una mujer de oración". Guiados "por una maestra excepcional" tendremos la oportunidad de descubrir "el sentido cristiano y humanizador de la oración".

Respecto a la defensa de la vida constató que la noticia de la retirada por parte del Gobierno del proyecto de ley en defensa de la vida "nos había entristecido y desconcertado"; más aún, "continuamos padeciendo el mismo desconcierto y reclamando lo prometido en el programa electoral". Recordó también este principio básico: "la ciencia enseña que desde la concepción hay un tercer ser humano distinto de los padres. No es un tumor, es un hijo". Por tanto, el aborto es un fracaso social y moral, de modo que "sin abortos, la sociedad será moralmente mucho más limpia". Nada más lógico que "trabajar para que esta aceptación social del aborto se convierta en un rechazo social".

Por último, se refirió a la situación de la sociedad española. "Es una convicción generalizada y un clamor –dijo– que necesitamos como pueblo una regeneración moral". Porque hay demasiados hechos "que nos abochornan, desmoralizan y entristecen". Pero no bastan los lamentos y los rechazos; es preciso "detectar las causas y cambiar el curso de las cosas". Todos estamos convocados para llevar a cabo esta tarea que es improrrogable. Porque "sin conducta moral, sin honradez, sin respeto a los demás, sin servicio al bien común, sin solidaridad con los necesitados, nuestra sociedad se degrada". Valdría la pena tomar en serio sus últimas palabras: "¡Cuánto despiertan, vigorizan y rearman moralmente la conciencia, el reconocimiento y el respeto de Dios"!

* * *

V

PROGRAMA DEL PAPA FRANCISCO PARA LOS EUROPEOS

(Cope, 30-11-2014)

El pasado martes, 25 de noviembre, el papa Francisco visitó el Parlamento Europeo y el Consejo de Europa, en Estrasburgo, y les dirigió dos discursos llenos de realismo y deseos de lanzar a Europa hacia un futuro lleno de esperanza. No es posible reproducir todas sus líneas maestras. Pero esto no impide señalar algunas, que son todo un programa de acción tanto para los parlamentarios como para los ciudadanos europeos.

Partiendo de que Europa presenta hoy una "imagen un poco envejecida y reducida", en la que ha ido creciendo "la desconfianza" de los ciudadanos hacia "las instituciones" y reflexionando sobre la historia que la hizo grande en otro tiempo, el Papa se pregunta: "¿Cómo devolver la esperanza al futuro, de manera que, partiendo de las nuevas generaciones, se encuentre la confianza para perseguir el gran ideal de una Europa unida y en paz, creativa y emprendedora, respetuosa de los derechos y consciente de los propios deberes".

Ante todo, mediante el "redescubrimiento" del nexo vital e inseparable que existe entre "la apertura a lo trascendente, a Dios" y "la capacidad práctica y concreta de afrontar las situaciones y los problemas". Una Europa "que no es capaz de abrirse a la dimensión trascendente de la vida" corre el riesgo de "perder la propia alma" y el "espíritu humanista" que defiende. Esta visión trascendente lleva consigo "afirmar la centralidad de la persona humana, que, de otro modo, estaría en manos de las modas y de los poderes del momento"; y asumir el compromiso de defender la democracia en Europa. Esta defensa lleva consigo, por una parte, protegerla de los "totalitarismos de lo relativo", de los "fundamentalismos" y de los "intelectualismos sin sabiduría"; y, por otra, evitar que sea desplazada por "las presiones de intereses multinacionales no universales", los cuales transforman los intereses de los pueblos en "sistemas uniformadores de poder financiero al servicio de imperios desconocidos".

El reconocimiento de la centralidad de la persona humana, si es verdadero y realista, lleva consigo también "favorecer sus cualidades". Dicho en otras palabras, "invertir en ella y en todos los ámbitos en los que sus talentos se forman y dan fruto". En primer lugar, en la familia. "La familia unida, fértil e indisoluble trae consigo los elementos fundamentales para dar esperanza al futuro". Subrayar la importancia de la familia, además de

abrir horizontes de esperanza a las nuevas generaciones, ayuda a dárselas también a tantos "ancianos, obligados muchas veces a vivir en condiciones de soledad y abandono".

Y, junto a la familia, "las instituciones educativas: las escuelas y las Universidades". Bien entendido que la educación no puede limitarse a ofrecer sólo "un conjunto de conocimientos técnicos" sino a favorecer "un proceso más completo de la persona humana en su totalidad". El trabajo es otro elemento esencial de la dignidad de la persona humana. Por eso, "es hora de favorecer las políticas de empleo", pero lo es sobre todo de "volver a dar dignidad al trabajo". Esto lleva consigo, entre otras cosas, "favorecer un adecuado contexto social", que permita superar "la explotación de las personas" y garantizar "la posibilidad de construir una familia y de educar a los hijos". Parte de esta educación es respetar la ecología de la creación y de la misma persona humana. No sólo se trata de no estropear el medio ambiente sino de utilizarlo para el bien, sabiéndonos custodios, no dueños y señores.

El Papa ha concluido su discurso con estas palabras. "Ha llegado la hora de construir juntos la Europa que no gire en torno a la economía sino a la sacralidad de la persona humana, de los valores inalienables". Ha llegado el momento de "abandonar la idea de una Europa atemorizada y replegada sobre sí misma" y dar paso a una Europa "protagonista, transmisora de ciencia, arte, música, valores humanos y también de fe".

✻✻✻

Otras intervenciones

COMUNICADO ANTE EL INCENDIO DE LA FÁBRICA DE CAMPOFRÍO

La diócesis de Burgos siente un profundo dolor por el incendio de la fábrica burgalesa de Campofrío y se une al sufrimiento que esta pérdida produce tanto a la empresa como al numeroso grupo de empleados que en ella trabajaban y a sus familias.

Así mismo desea ardientemente que sea posible su pronta reconstrucción para que pueda seguir dando de comer a tantos burgaleses y siendo una de las empresas de referencia nacidas en Burgos.

Pedimos a todos los católicos y gente de buena voluntad que eleven oraciones a nuestro Señor, para que nos ayude a superar esta prueba y nos devuelva la alegría de ver de nuevo recuperada esta industria y trabajando a todos los afectados.

* * *

Agenda del Sr. Arzobispo

AGENDA DEL SEÑOR ARZOBISPO-MES DE NOVIEMBRE

Día 1: Solemnidad de Todos los Santos. Preside la Santa Misa en el cementerio de la ciudad. Por la tarde participa en la beatificación del sacerdote D. Pedro de Asúa en la catedral de Vitoria.

Día 2: Preside las exequias del sacerdote D. Amador Peña García en la parroquia de Fátima. Por la tarde preside la Eucaristía en la Catedral con motivo de la Conmemoración de los Fieles Difuntos.

Día 3: Consejo de Gobierno.

Día 4: Visitas. Recibe, entre otros, a la delegación de CONFER.

Día 5: Participa en la formación permanente para sacerdotes en el Seminario. Celebra la santa misa en la Catedral por los obispos y sacerdotes difuntos de la diócesis.

Día 6: Visitas. Por la tarde administra el sacramento de la confirmación en la parroquia del Hno. San Rafael.

Día 7: Visitas. Encuentro con sacerdotes del arciprestazgo de Las Merindades y Medina de Pomar. Visita la comunidad de clarisas de Medina de Pomar. Por la tarde Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: Misa estacional y reunión con agentes de pastoral en la parroquia de La Anunciación.

Día 8: Preside las exequias del sacerdote D. Francisco Javier García Ballesteros en la parroquia de La Anunciación. Asiste a la mesa redonda organizada por el Foro de la Cultura en la Catedral donde participaba, entre otros, el Cardenal Carlos

Amigo. Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: visita una enferma, Misa estacional y reunión con agentes de pastoral en la parroquia de Villalonquéjar.

Día 9: Preside la Eucaristía, retransmitida por TVE, en la parroquia de Santa Catalina de Aranda con motivo de Las Edades del Hombre. Por la tarde preside las Vísperas y procesión con el Santísimo en el Seminario con motivo de la fiesta del Reservado.

Día 10: Clausura de Las Edades del Hombre en Aranda de Duero. Por la tarde Consejo de Economía. Preside la Eucaristía de comienzo de curso organizada por el Apostolado Seglar en la Facultad de Teología.

Día 11: Comisión Permanente del Consejo Episcopal de Gobierno. Colegio de Consultores. Por la tarde, a primera hora, encuentro con los seminaristas menores y después con los mayores.

Día 13: Participa en el acto de apertura de la Universidad Católica de Murcia.

Día 15: Participa en la toma de posesión de Mons. Celso Morga Iruzubieta como Arzobispo-coadjutor de Mérida-Badajoz.

Día 16: Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: encuentro con niños y padres y Misa estacional en la parroquia de San Pedro de la Fuente.

Días 17-21: Asamblea Plenaria en la Conferencia Episcopal Española.

Día 21: Encuentro con algunos sacerdotes de los arciprestazgos de Ubierna-Úrbel y San Juan de Ortega. Por la tarde administra el sacramento de la confirmación en la parroquia de la Sagrada Familia. Por la noche participa en la oración juvenil diocesana en la parroquia de San Julián.

Día 22: Saludo en la inauguración de la escuela diocesana de evangelización. Por la tarde Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: encuentro con el Consejo Pastoral Parroquial, visita las obras del centro parroquial, Misa estacional y encuentro con agentes en la parroquia de San Juan Bautista.

Día 23: Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: encuentro con niños y padres y Misa estacional en la parroquia de San Esteban. Por la tarde preside las exequias del sacerdote D. Serviliano Andrés Andrés en Guadilla de Villamar.

Día 24: Visitas.

Día 25: Por la tarde Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: encuentro con agentes de pastoral y Misa estacional en la parroquia de Santa Águeda.

Día 26: Visitas.

Día 27: Administra el sacramento del diaconado al Hno. José Luis Galiana en el monasterio de San Pedro de Cardeña.

Día 28: Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: Visita los colegios Antonio Machado y Virgen de la Rosa en la parroquia de San Martín de Porres. Por la tarde administra el sacramento de la confirmación en San Martín de Porres. Preside el gesto público diocesano en solidaridad con los más golpeados por la crisis.

Día 29: Consejo Pastoral Diocesano. Por la tarde Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: encuentro con los Consejos de Economía y Pastoral y con miembros de los distintos grupos parroquiales. Administra el sacramento de la confirmación en la parroquia de San Pedro de la Fuente.

Día 30: Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: encuentro con niños y padres y Misa estacional en la parroquia de San Martín de Porres.

✻ ✻ ✻

Curia Diocesana

Secretaría General

I

APROBACIÓN DE ESTATUTOS

- Con fecha 15 de noviembre de 2014, el Sr. Arzobispo ha aprobado los Estatutos de la "Cofradía de la Virgen del Pilar y del Apóstol Santiago del Hospital de Peregrinos de San Juan de Ortega", de San Juan de Ortega.
- Con fecha de 15 de noviembre de 2014, el Sr. Arzobispo ha aprobado los Estatutos de la "Cofradía de los Santos Mártires San Cosme y San Damián" de la Parroquia de Covarrubias.

* * *

II

EN LA PAZ DEL SEÑOR

1) Rvdo. D. AMADOR PEÑA GARCÍA

Sacerdote Diocesano

D. Amador nació en Iglesias el 16 de febrero de 1938. Cursó sus estudios en los Seminarios de San José y de San Jerónimo. Fue ordenado sacerdote el día 23 de julio de 1961. Su primer servicio: Párroco de Arraya de Oca,

Villaescusa de la Solana, Villaescusa de la Sombría y Quintanilla del Monte en Juarros. Posteriormente fue párroco de Salas de Bureba, Castellanos de Bureba, Rio Quintanilla, Hozabejas, Rucandio, Quintanaopio, Padrones de Bureba y Aguas Cándidas. Sus últimas parroquias: Rojas de Bureba, Piérnigas, Movilla, Quintanaurria, Quintanilla Caberojas y Quintanabureba. En noviembre de 2011 se jubiló de la actividad pastoral. Murió el 1 de noviembre de 2014 en el Hospital de San Juan de Dios. Las Exequias, presididas por el Sr. Arzobispo se celebraron en la Parroquia de Nuestra Señora de Fátima, parroquia a la que estuvo vinculado sus últimos años. Un buen grupo de compañeros sacerdotes quiso despedirlo pidiendo a Dios le admitiera en el séquito de los Santos. Descansa en paz, Amador.

2) Rvdo. D. FRANCISCO JAVIER GARCÍA BALLESTEROS

Sacerdote Diocesano

D. Francisco Javier nació en Burgos el 2 de marzo de 1951. Cursó sus estudios en los Seminarios Menor y Mayor de Burgos. Fue ordenado sacerdote el 12 de octubre de 1974. Inició su andadura sacerdotal siendo Vicario Parroquial en Roa y Sirviente de Valcabado de Roa. Posteriormente fue nombrado Administrador Parroquial y Párroco de Roa. Seguidamente es nombrado Formador del Seminario Mayor de Burgos. En 1997 fue nombrado Párroco de San Juan Bautista y de Villalonquéjar. Finalmente se le nombró adscrito a San Fernando. Falleció el 7 de noviembre de 2014. Su muerte inesperada nos ha sorprendido a todos. Que el Señor premie todas sus buenas obras y le admita en su Reino. Las Exequias, presididas por el Sr. Arzobispo a quien acompañaron un numerosísimo grupo de sacerdotes, se celebraron en su Parroquia de la Anunciación. Descansa en paz, querido Francisco Javier. Te encomendamos y a ti nos encomendamos.

3) Rvdo. D. SERVILIANO ANDRÉS ANDRÉS

Sacerdote Diocesano

D. Serviliano, tras larga trayectoria en la Congregación de los Claretianos, fue recibido "ad experimentum" en nuestra Diócesis de Burgos en el mes de julio de 1980. Comenzó su andadura diocesana encargándose de las Parroquias de Humada, San Martín de Humada, Fuencaliente de Puerta, Talamillo del Tozo, Fuenteodra, Villamartín de Villadiego y Rebolledo Traspeña. En 1991 fue incardinado en nuestra diócesis. Concluyó su trabajo ministerial siendo capellán de las Clarisas de Castrojeriz durante catorce años. En septiembre del 2010 se jubiló de toda actividad pastoral pasando

sus últimos cuatro años en la Casa Sacerdotal. Murió el 22 de noviembre en la Residencia de Barrantes y fue enterrado en su pueblo natal, Guadilla de Villamar. Las Exequias fueron presididas por el Sr. Arzobispo. Compañeros sacerdotes y un buen número de paisanos suyos se hicieron presentes en el funeral para despedir a este hombre bueno, sencillo, estudioso… Descansa en paz, querido "Servi".

✲ ✲ ✲

III

CAUSA DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DEL P. EDUARDO LAFORET DORDA

Los Cruzados de Santa María, y los familiares del P. Eduardo os hacemos partícipes de una gran alegría: el día 22 de septiembre se inició oficialmente el proceso de beatificación y canonización del P. Eduardo Laforet, sacerdote cruzado de Santa María que ofreció su vida por el Papa Juan Pablo II en el mismo día en que sufrió el atentado el 13 de mayo de 1981, día de la Virgen de Fátima. Tres años después, el 23 de noviembre de 1984, moría el P. Eduardo, víctima de una leucemia, a los 27 años.

El P. Eduardo ingresó en los Cruzados de Santa María el año 1976. Sus compañeros fueron testigos de sus esfuerzos por vivir su vocación a la santidad y de la superación que realizó los últimos años de su vida. Tenía un aprecio especial por la vida contemplativa que fue acompañando el itinerario de su vida. Como dijo el cardenal D. Antonio Mª Rouco, en la introducción a una biografía del P. Eduardo, "es un testimonio que no puede perderse".

Para todos nosotros es un regalo el que la Iglesia acepte iniciar un proceso de esta naturaleza ya que supone reconocer que un cruzado se propuso decididamente vivir la santidad, lo cual nos anima a imitarle y nos hace pensar que la santidad sencilla a lo Nazaret es posible.

El primer paso que hay que dar es presentar, a primeros de noviembre, una relación de testimonios sobre la fama de santidad del P. Eduardo. Cuantos más, mejor. Y en este punto necesitamos vuestra colaboración: los que le conocisteis y podéis aportar testimonios os agradezco que lo hagáis enviándomelos a mi dirección postal o correo electrónico.

P. José Ángel Madrid Gómez
C/ Arcediano 5, 37008 Salamanca
(jose1ang@terra.com)

P.D.: Eduardo estudió dos años y medio en Burgos y recibió los ministerios y la ordenación de diácono aquí en Burgos (18 marzo 1984) aunque con dimisorias de Madrid.

* * *

IV

FIESTAS LABORALES PARA EL 2015

1) COMUNIDAD DE CASTILLA Y LEÓN
A. DISPOSICIONES GENERALES
CONSEJERÍA DE ECONOMÍA Y EMPLEO

DECRETO 42/2014, de 28 de agosto, por el que se establece el calendario de fiestas laborales en el ámbito de la Comunidad de Castilla y León para el año 2015.

(32)

Con el fin de adecuar las fiestas laborales a las necesidades del sistema productivo y a las demandas sociales, en un marco de respeto a las fiestas tradicionales de esta Comunidad Autónoma, y haciendo uso de las atribuciones concedidas por el Real Decreto 831/1995, de 30 de mayo, por el que se regula el traspaso de funciones y servicios de la Administración del Estado en materia de trabajo a la Comunidad de Castilla y León, así como por el artículo 37.2 del Texto Refundido de la Ley del Estatuto de los Trabajadores –aprobado por el Real Decreto Legislativo 1/1995 de 24 de marzo, y al amparo del artículo 45 del Real Decreto 2001/1983, de 28 de julio, sobre regulación de jornadas de trabajo, jornadas especiales y descanso en su redacción dada por el Real Decreto 1346/1989, de 3 de noviembre, es necesario fijar el calendario de fiestas laborales en el ámbito de la Comunidad de Castilla y León para el año 2015.

En su virtud, la Junta de Castilla y León, a propuesta del Consejero de Economía y Empleo, y previa deliberación del Consejo de Gobierno en su reunión de 28 de agosto de 2014

DISPONE

Articulo único. Fiestas Laborales.

1. Las fiestas laborales con carácter retribuido y no recuperable en el ámbito de la Comunidad de Castilla y León para el año 2015 serán las siguientes:

- 1 de enero, Año Nuevo.
- 6 de enero, Epifania del Señor.
- 2 de abril, Jueves Santo.
- 3 de abril, Viernes Santo.
- 23 de abril, Fiesta de la Comunidad Autónoma.
- 1 de mayo, Fiesta del Trabajo.
- 15 de agosto, Asunción de la Virgen.
- 12 de octubre, Fiesta Nacional de España.
- 1 de noviembre, Todos los Santos. **Se traslada al lunes 2 de noviembre.**
- 6 de diciembre, Día de la Constitución Española. **Se traslada al lunes 7 de diciembre.**
- 8 de diciembre, Inmaculada Concepción.
- 25 de diciembre, Natividad del Señor.

2. Tales fiestas se establecen sin perjuicio de las dos fiestas de carácter local que habrán de determinarse para cada municipio por la autoridad laboral competente, a propuesta del pleno del Ayuntamiento respectivo, conforme a lo establecido en el artículo 46 del Real Decreto 2001/1983, de 28 de julio, sobre regulación de jornadas de trabajo, jornadas especiales y descanso.

Valladolid, 28 de agosto de 2014.

JUAN VICENTE HERRERA CAMPO
Presidente de la Junta de Castilla y León

TOMAS VILLANUEVA RODRIGUEZ
Consejero de Economía y Empleo

2) AYUNTAMIENTO DE BURGOS
INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA Y TURISMO

La Junta de Gobierno Local, en sesión celebrada el día 2 de octubre de 2014, acordó aprobar las fiestas locales para el año 2015 conforme al siguiente desglose:

- Festividad del Curpillos, el 12 de junio, viernes.
- Festividad de San Pedro y San Pablo, el 29 de junio, lunes.
- La festividad de San Lesmes Abad, Patrón de Burgos, se celebrará el domingo 25 de enero.

En Burgos, a 7 de octubre de 2014.

FERNANDO GÓMEZ AGUADO
Presidente del Instituto Municipal de Cultura y Turismo

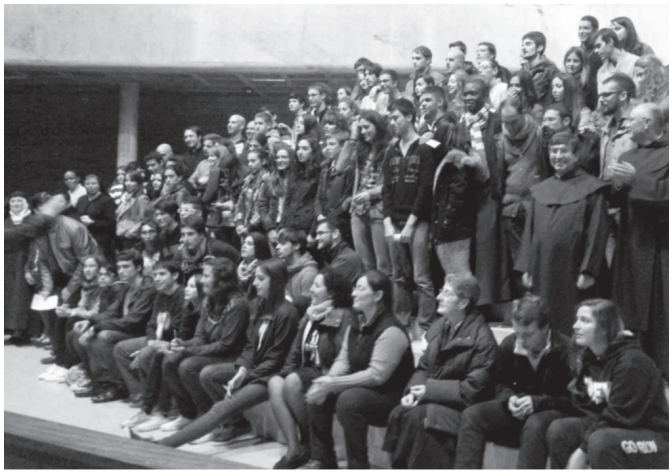
Sección Pastoral e información

Delegación de Juventud

I

ORACIÓN JOVEN

El tercer viernes de mes, como viene siendo habitual, los jóvenes de nuestra diócesis están convocados a una hora de oración en lo que llamamos la Oración joven. Este curso va a ser Santa Teresa de Jesús la que, como maestra de oración, va a ir acompañando cada mes a los jóvenes con alguno de los aspectos de su experiencia de oración. El mes de octubre comenzaba con esta oración en la iglesia jubilar de los carmelitas, en este año teresiano. Los jóvenes iniciaban de esta manera más propia, el jubileo



teresiano cuya apertura solemne había tenido lugar dos días antes. Una oración en torno a la idea teresiana del castillo interior y la acogida y las palabras teatralizadas de la misma Santa Teresa dieron paso a un momento de adoración ante el Santísimo en silencio.

* * *

II

CENTINELAS DE LA MAÑANA

Cincuenta y tres jóvenes de distintas delegaciones diocesanas de juventud, han participado en el curso base de evangelización realizado en Burgos e impartido por el sacerdote italiano Andrea Brugnoli y por la joven Chiara. Ambos comenzaban una experiencia de evangelización en la localidad italiana de Verona en el año mil novecientos noventa y nueve tras vivir la experiencia del alejamiento de los jóvenes en la vida cotidiana de la Iglesia. El nombre está tomado de las palabras de Juan Pablo II en la Jornada mundial de la juventud celebrada en el año dos mil en Roma: "veo en vosotros a los centinelas de la mañana". La experiencia busca despertar en los jóvenes el compromiso bautismal de anunciar a otros jóvenes la buena noticia que es Jesucristo. A través de distintas actividades se manifiesta el ser de un centinela, estar despierto en esta sociedad y en cada uno de los ambientes en los que el joven se mueve. No es un movimiento sino una herramienta de primer anuncio, con un carácter diocesano y con la finalidad de revitalizar las comunidades parroquiales. La propuesta lleva a un cambio de visión necesario en esta época de cambio. Los participantes procedentes de las delegaciones de juventud de Getafe, la Rioja, Salamanca, Zamora, Albacete, Ciudad Rodrigo, Santander, Valladolid, Astorga y Burgos han podido vivir una experiencia de Iglesia al compartir sus inquietudes con jóvenes de diferentes lugares de España. El curso llevará consigo la realización alguna de las actividades en varias de las diócesis participantes. En nuestra diócesis ya se está trabajando para poder realizar en el primer trimestre de dos mil quince la experiencia de una luz en la noche. Los jóvenes responsables, denominados antorchas, ya están explicando a otros jóvenes la experiencia para poder ir dando pasos en esta herramienta de nuevo anuncio con el apoyo y empuje de la delegación de juventud.

✻ ✻ ✻

Delegación de Pastoral Obrera

COMUNICADO DE LA HOAC Y LA JOC DE BURGOS ANTE EL INCENDIO DE CAMPOFRÍO

La Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y la Juventud Obrera Cristiana (JOC) de Burgos quieren expresar su solidaridad con los trabajadores de Campofrío tras el incendio ocurrido este domingo pasado en la instalación de la fábrica en el polígono de Gamonal.

Los dos movimientos de la Iglesia sensibilizados con el sentir de la clase obrera de Burgos nos congratulamos, en primer lugar, de que no haya habido desgracias personales en forma de accidente o fallecimiento y queremos mostrar nuestro apoyo a todos los empleados directos e indirectos y sus familias.

En una situación de crisis económica supone un mazazo para toda la sociedad la paralización de la producción de una factoría tan importante como Campofrío de la que dependen más de mil familias de la ciudad de Burgos.

Por eso creemos que es necesario invitar a todos los vecinos a que se sumen a todas las movilizaciones de apoyo a todos los trabajadores que se realicen en la ciudad. Es deber de todos preocuparnos de la situación laboral en la que quedan todos los empleados y de reclamar a las administraciones públicas un apoyo explícito a quienes han sido copartícipes con los propietarios de Campofrío en colocar a esta industria, de matriz burgalesa, en los mayores indicadores de calidad en el sector cárnico.

Han sido muchos años de esfuerzo y dedicación; millones de horas, primero en el barrio de Capiscol y ahora en el polígono de Gamonal, de tantos obreros de Burgos por engrandecer la empresa y por llevar a las familias el pan de cada día. Por eso, lamentamos las consecuencias negativas que pueden afectar a todo el personal, a la empresa y a la ciudad.

Apostamos por la continuidad de la producción en Burgos, una vez se haya podido reconstruir en ese mismo lugar o en otro la fábrica. De la misma manera, confiamos que este accidente no sea utilizado interesadamente para desplazar el destino de la factoría y de sus trabajadores a otros lugares. Por eso también hacemos un llamamiento público a los directivos de la empresa, al Ayuntamiento de Burgos y a la Junta de Castilla y León para que no se deslocalice la producción que desde hace más de 50 años se hace en Campofrío en Burgos.

La ciudad de Burgos no podría consentir una maniobra de este tipo por parte de los directivos de la compañía, dado que es un activo y un patrimonio de tantos burgaleses que han trabajado o trabajan en la empresa. Por ello, deseamos la pronta recuperación de las instalaciones y la renovación de la actividad en todos los puestos de trabajo, sea en el mismo emplazamiento o en otro en cualquiera de los polígonos de la ciudad.

Como cristianos encargados de llevar el Evangelio de Jesús al mundo obrero y de llevar las inquietudes, problemas y esperanzas de los trabajadores a la Iglesia, nos solidarizamos con esta preocupante situación y nos ponemos a disposición de los empleados y sus familias en lo que podamos aportar o nos puedan requerir.

✲ ✲ ✲

Noticias de interés

- El día 28 de noviembre se realizó en Burgos un gesto público diocesano en solidaridad con los más golpeados por la actual crisis. El Sr. Vicario General había convocado a la participación en dicho gesto con estas palabras: "En el Plan Pastoral de la diócesis de Burgos "Seréis mis testigos" (2013-2016) encontramos ocho grandes líneas pastorales con sus respectivas acciones. La primera de ellas, como ya conocéis, es "Anunciar la Buena Noticia en tiempo de crisis", y una de las acciones sugiere: *"Realizar gestos públicos y pronunciamientos diocesanos en situaciones de injusticia y pobreza, proponiendo alternativas humanizadoras, solidarias y evangélicas" (Plan Pastoral, acción nº 6)*. Al finalizar el curso pasado, la Pastoral Obrera sugirió al Consejo de Gobierno de la diócesis la conveniencia de hacer un gesto público solidario con los más golpeados por la actual crisis. El Consejo de Gobierno encomendó la gestión de este gesto al Departamento de Formación Sociopolítica de la diócesis". El gesto público diocesano se realizó el día 28 de noviembre a partir de las 20,00 horas con una participación considerable, a pesar de lo desapacible de la tarde.

* * *

Comunicados eclesiales

Conferencia Episcopal

I

NOMBRAMIENTO EPISCOPAL PARA SEGOVIA

Mons. D. César A. Franco Martínez, nombrado Obispo de Segovia

La Nunciatura Apostólica en España comunica a la Conferencia Episcopal Española (CEE) que a las 12,00 horas de hoy, miércoles 12 de noviembre, la Santa Sede ha hecho público que el Papa **Francisco** ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la Diócesis de Segovia presentada por Mons. D. **Ángel Rubio Castro**, en conformidad con el canon 401, párrafo 1, del Código de Derecho Canónico.

A la vez que se hace pública la aceptación de la renuncia, se comunica que el Papa **Francisco** ha designado como Obispo de Segovia a Mons. D. **César Augusto Franco Martínez**, en la actualidad Obispo Auxiliar de Madrid.

Mons. D. **César Augusto Franco** nació el 16 de diciembre de 1948 en Piñuecar (Madrid). Fue ordenado sacerdote el 20 de mayo de 1973. Es Licenciado (1978) y Doctor (1983) en Teología por la Universidad Pontificia de Comillas. Además, es Diplomado en Estudios Bíblicos por la Escuela Bíblica y Arqueológica de Jerusalén (1978-1980).

Comenzó su ministerio sacerdotal en Madrid, como Vicario Parroquial de las parroquias San Casimiro (1973), Santa Rosalía (1973-1975) y Ntra. Sra. de los Dolores (1975-1978). Tras tres años de estudio fuera de la diócesis, en 1980 regresó a Madrid como Capellán de las Hijas de la Caridad en el Colegio San Fernando, donde permaneció un año. Después fue nombrado de nuevo Vicario parroquial de la parroquia Ntra. Sra. de los Dolores (1981-1986).

Desde 1986 y hasta 1995 fue Consiliario diocesano de Acción Católica General y Capellán de la Escuela de Caminos y de la Facultad de Derecho. Además, desde 1986 hasta 1994 fue el Secretario del Consejo Presbiteral de Madrid. También fue Rector del Oratorio Santo Niño del Remedio de 1993 a 1995 y Vicario Episcopal de la Vicaría VII (antigua VIII) de Madrid entre los años 1995 y 1996.

El 14 de mayo de 1996 fue nombrado Obispo Auxiliar de Madrid y Titular de Ursona, recibiendo la ordenación episcopal el 29 de junio del mismo año.

Desde 1997 a 2011 fue Consiliario Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas y ha sido el Coordinador general de la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) de Madrid 2011. Desde noviembre de 2012 es Deán de la Catedral de Santa María la Real de la Almudena de Madrid. En su actividad docente, ha impartido cursos sobre Biblia en la Universidad Complutense de Madrid y en la Universidad Eclesiástica "San Dámaso".

En la CEE ha sido miembro de las Comisiones Episcopales de Liturgia (1996-1999), de Enseñanza y Catequesis (1996-2008), de Apostolado Seglar (1999-2002) y de Relaciones Interconfesionales (2008-2014). Actualmente, y desde el pasado mes de marzo, es el Presidente de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis.

* * *

II

EL SACERDOTE MANUEL ALMOR MOLINER, ELEGIDO ADMINISTRADOR DIOCESANO DE ZARAGOZA

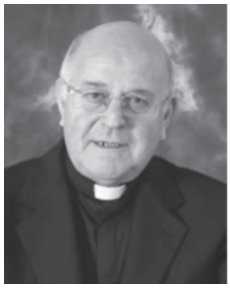
El Arzobispado de Zaragoza comunica a la Conferencia Episcopal Española que el Colegio de Consultores ha elegido al sacerdote **Manuel Almor Moliner**, Vicario General desde 2011, como Administrador diocesano de la archidiócesis. Permanecerá en el cargo hasta que el Santo Padre proceda al nombramiento de un nuevo Arzobispo para Zaragoza. (www.archizaragoza.org)

El Papa **Francisco** aceptó ayer la renuncia que le había presentado Mons. D. **Manuel Ureña Pastor**, titular de la sede desde el año 2005.

* * *

III

DISCURSO INAUGURAL DE LA CIV ASAMBLEA PLENARIA DE LA CEE



Señores obispos de la Conferencia Episcopal Española, señor nuncio de Su Santidad en España. Señores obispos invitados, reciban un saludo fraternal en el Señor, que nos ha confiado el ministerio episcopal. Expreso mi gratitud a los presbíteros, consagrados y seglares que trabajan en los diversos servicios de la Conferencia Episcopal. Manifiesto mi afecto a cuantos cubren la información de esta Asamblea a través de los diferentes medios de comunicación social.

En las últimas semanas han tenido lugar cambios de obispos en diversas diócesis. El día 4 de octubre tomó posesión como arzobispo de la Archidiócesis de Valencia el cardenal Antonio Cañizares. El día 25 del mismo mes comenzó el ministerio pastoral como arzobispo de Madrid Mons. Carlos Osoro, sucediendo al cardenal Antonio María Rouco Varela, a quien el papa aceptó la renuncia presentada hace tres años, según la legislación canónica. En la sesión del Comité Ejecutivo celebrada el pasado día 23 tuvimos la oportunidad de expresarle nuestra gratitud por su dilatado y eficaz servicio episcopal; hoy reitero públicamente mi agradecimiento en nombre de la Conferencia Episcopal. El día 15 de noviembre, anteayer, se incorporó a la archidiócesis de Mérida-Badajoz como arzobispo coadjutor Mons. Celso Morga, que participa por primera vez en esta Asamblea. ¡Bienvenido!

Nuestra enhorabuena también a Mons. César Augusto Franco Martínez por su nombramiento el pasado día 12 como obispo de Segovia, y nuestro agradecimiento a Mons. Ángel Rubio, quien ha presidido esta sede episcopal.

Expresamos también nuestra gratitud a Mons. Manuel Ureña, hasta ahora arzobispo de Zaragoza, que por razones de salud presentó la renuncia según el *Código de Derecho Canónico*, que ha sido aceptada por el papa.

A todos felicitamos cordialmente y pedimos a Dios que continúe acompañándolos con su protección y confianza.

1. Memoria de la primera Asamblea sinodal sobre la familia y preparación de la segunda

a) Ritmo intenso y rápido

En poco tiempo hemos recorrido un camino largo en el tratamiento de los desafíos planteados a la familia en el marco de la evangelización. Aunque en la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, dada en Roma el 22 de noviembre de 1981, afirmó el papa san Juan Pablo II que la familia en los tiempos modernos había sufrido, quizá como ninguna otra institución, el impacto de las transformaciones amplias, profundas y rápidas de la sociedad y de la cultura, debemos constatar que los cambios no se habían detenido; hipótesis, entonces insospechadas, se han abierto camino. Por esto, era oportuno un nuevo tratamiento en la Asamblea del Sínodo de los Obispos, ya que se habían levantado recios vientos que la amenazaban. Ha sido acertada y hasta providencial la nueva convocatoria sinodal sobre la familia en la situación presente, ya que la familia es decisiva para el matrimonio, los hijos, la humanidad y la Iglesia. Tanto la trascendencia de la familia –es uno de los bienes más preciosos de la humanidad– como la situación de la misma solicitaban de la responsabilidad de la Iglesia una detenida y amplia reflexión en orden a adoptar las adecuadas respuestas pastorales. Los riesgos que corren el matrimonio y la familia, y la esperanza que debemos mantener en estas realidades básicas, reclamaban un esfuerzo renovado e intenso.

Como yo he participado en la Asamblea del Sínodo en nombre de la Conferencia Episcopal, cumplo gustosamente con el deber de informarles a ustedes.

El día 23 de agosto de 2013 manifestó el papa su intención de convocar la III Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos sobre la familia. Poco más tarde, los días 7 y 8 de octubre, fijó definitivamente el tema:«Los desafíos pastorales sobre la familia en el contexto de la evangelización». En esos días se diseñó el procedimiento para elaborar el *Documento preparatorio* de la Asamblea. Los *Lineamenta*, que incluían un cuestionario amplio, fueron presentados oficialmente el día 5 de noviembre de 2013. El cuestionario, distribuido capilarmente en la Iglesia, suscitó un inusitado interés, tanto por el tema como por la insistencia en responder. Las respuestas de las diócesis, conferencias episcopales, parroquias, consejos diocesanos, asociaciones y grupos de la Iglesia, y personas

particulares, fueron estudiadas los días 24 y 25 de febrero por la Secretaría General del Sínodo y por el Consejo Ordinario constituido al final de la Asamblea anterior. Cuando se invita a participar desde el principio se propicia la atención al recorrido posterior.

El papa estableció un itinerario de trabajo en dos etapas: la primera es la Asamblea General Extraordinaria del 2014, celebrada hace pocas semanas en Roma, desde el día 5 al 19 de octubre. La segunda, la Asamblea General Ordinaria, tendrá lugar en octubre 2015, con el título «Vocación y misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo».En la Asamblea, recientemente concluida, se ha delineado el "*status quaestionis*", se han recogido testimonios y propuestas para anunciar y vivir el evangelio de la familia; y en la segunda se determinarán las líneas operativas para la pastoral de la familia.

El *Instrumentum laboris,* que fue firmado el día 24 de junio de 2014, ha canalizado con orden y fluidez las intervenciones de los padres sinodales al hilo de los diversos apartados. El ritmo de trabajo de la Secretaría del Sínodo ha sido intenso y rápido, y a todos nos ha introducido en ese dinamismo.

La llamada *Relatio Synodi* es el escrito más importante de la Asamblea del Sínodo, que a su vez constituye el *Documento preparatorio*, los *Lineamenta*, para la Asamblea próxima. Se desenfocaría su significado si no se considera la *Relatio Synodi* en la perspectiva de la próxima Asamblea, aunque haya sido publicada e incluso refrendada por los 191 padres sinodales, de los cuales 114 son presidentes de conferencias episcopales, 25 prefectos o presidentes de dicasterios romanos, 13 presidentes de Sínodos de la Iglesia oriental católica, y otros designados directamente por el papa. La *Relación Sinodal* no es un documento cerrado, sino abierto al estudio y a la reflexión, como muestra claramente su estilo.

Probablemente serán constituidas Comisiones para estudiar cuestiones teológicas, canónicas, pastorales, históricas y ecuménicas a las que remitía frecuentemente el diálogo en los Círculos Menores". Por ejemplo, agilización de los procesos judiciales de declaración de nulidad y otras posibles vías administrativas; la relación entre fe cristiana y sacramento del matrimonio; la indisolubilidad del sacramento del matrimonio y el posible acceso a la penitencia y la comunión sacramental en determinados casos y con criterios claros de los divorciados vueltos a casar. Un sínodo no es un congreso de Teología, sino una asamblea de obispos a quienes se confía el cuidado pastoral en la Iglesia, pero que necesitan obviamente de la colaboración de maestros y testigos. ¿No sería conveniente que en Comisiones de la Conferencia Episcopal y en las diócesis, en Facultades de Teología y Derecho Canónico, fueran tratadas estas cuestiones? Convertir la *Relación*

Sinodal en tema de reflexión en las diócesis y otros organismos es signo de que nos incorporamos al dinamismo de sinodalidad en que el papa viene insistiendo.

La Iglesia es esencialmente comunión: comunión con Dios en Jesucristo y su Espíritu, y consiguientemente comunión entre los cristianos; y, por ello, fermento de unidad en medio de la humanidad. La colegialidad es la comunión y la fraternidad de todos los obispos "*cum Petro*" y "*sub Petro*". La sinodalidad es el dinamismo de la vida y de la misión de la Iglesia comunidad.

b) La Asamblea sinodal como ejercicio de colegialidad y sinodalidad

El papa Francisco, desde el principio de su ministerio como obispo de Roma y sucesor de Pedro, y siempre que ha intervenido en el Sínodo o en las celebraciones de apertura y clausura, ha hablado de sinodalidad y colegialidad; particularmente ha subrayado la dimensión moral y espiritual del ejercicio solidario de los participantes.

En la entrevista que concedió al P. Antonio Spadaro, director de *La Civiltà Cattolica*, a mediados de agosto de 2013, afirmó con intención programática: «Debemos caminar juntos: la gente, los obispos y el papa. Hay que vivir la sinodalidad a varios niveles. Quizá es tiempo de cambiar la metodología del Sínodo, porque la actual me parece estática. Eso podrá llegar a tener valor ecuménico, especialmente con los hermanos ortodoxos. De ellos podemos aprender mucho sobre el sentido de la colegialidad episcopal y sobre la tradición de sinodalidad».

En la exhortación apostólica *Evangelii gaudium,* el papa, invitando a una nueva etapa evangelizadora e indicando caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años, escribió: «El obispo siempre debe fomentar la comunión misionera en su Iglesia misionera» (n. 31). Y a propósito de las conferencias episcopales recordó que el Concilio enseñó que pueden desarrollar una obra múltiple a fin de que el afecto colegial tenga una aplicación concreta. Este deseo no se ha realizado plenamente. Papado, conferencias episcopales, Sínodo de los Obispos, diócesis, necesitamos escuchar la llamada a una conversión pastoral (n. 32). En estos lugares el papa nos indica una perspectiva de avance en el sentido de la participación eclesial.

En la solemne celebración eucarística del día 19, en que se hizo coincidir intencionadamente la beatificación de Pablo VI, a quien debe su origen el Sínodo de los Obispos erigido pocos días antes de comenzar el último periodo conciliar, y la clausura de la Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, dijo el papa: "sínodo" significa "caminar juntos".

Lo hemos visto estos días. «Pastores y laicos de todas las partes del mundo han traído aquí a Roma la voz de sus Iglesias particulares para ayudar a las familias de hoy a seguir el camino del Evangelio, con la mirada fija en Jesús. Ha sido una gran experiencia, en la que hemos vivido la *sinodalidad* y la *colegialidad*, y hemos sentido la fuerza del Espíritu Santo que guía y renueva incesantemente a la Iglesia, llamada sin demora a hacerse cargo de las heridas que sangran y a encender de nuevo la esperanza a tantas personas sin esperanza». Efectivamente, la Asamblea sinodal se ha acercado compasivamente a las llagas de las familias, que necesitan samaritanos para curarlas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza (cf. *Lc* 10, 29-37).

En la primera sesión de los trabajos sinodales exhortó el papa a la Asamblea, en unos términos que fueron agradecidos y retenidos. Con dos actitudes se ejerce la sinodalidad: «Hablar con *parresía* y escuchar con humildad». «Hablad sin miedo y acoged con el corazón abierto lo que dicen los hermanos». Estas palabras, pronunciadas con confianza, contribuyeron a fomentar la atmósfera participativa y sinodal. ¡Que esta sea también nuestra actitud en la presente Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal! Nos prestamos mutuamente el servicio colegial interviniendo con libertad y escuchando con atención.

Clausuró el papa los trabajos sinodales el día 18 con un discurso que fue bálsamo para todos, después de momentos de "consolación" y "desolación", como el mismo papa Francisco dijo citando unas palabras de san Ignacio de Loyola. Mencionó el papa algunas tentaciones que han podido acechar a los miembros del Sínodo. Por ejemplo, la tentación de rigidez que se aferra a la letra de la ley y se cierra a las sorpresas de Dios; o la tentación de quien en nombre de la misericordia venda las heridas sin curarlas, y se detiene en los síntomas sin buscar las causas; o la tentación de transformar el pan en piedras para lanzarlas contra los pecadores, los débiles y los enfermos (cf. *Jn* 8, 3-11); o la tentación de descuidar el "*depositum fidei*", considerándonos sus propietarios; o la tentación de descuidar la realidad utilizando un lenguaje que, por minucioso y alambicado, no dice nada. El Evangelio muestra con claridad la diferencia ente el dinamismo legalista y el dinamismo de la misericordia. Fidelidad al Evangelio y compasión con los que sufren son inseparables. Nadie en el Sínodo olvidó la misericordia ni regateó la verdad del matrimonio cristiano, la indisolubilidad, la unidad, la fidelidad y la apertura a trasmitir la vida. Los diferentes acentos legítimos no pretendían negar la otra perspectiva. De hecho la *Relación del Sínodo* es bastante equilibrada; al tiempo que pide una actitud nueva más compasiva en la pastoral familiar, subraya la verdad cristiana impregnada de comprensión. Fue aceptada íntegramente por la mayor parte de los padres sinodales. Es verdad que los Círculos Menores introdujeron equilibrio

en la *Relación* elaborada después de la discusión, que había recogido lo escuchado en las más de doscientas intervenciones. No se trataba tanto de repetir la doctrina católica sobre la familia cuanto de escuchar los desafíos pastorales que plantean determinadas situaciones de la familia. El médico procura diagnosticar acertadamente la enfermedad para curarla eficazmente. Los 62 párrafos de la *Relación* merecieron el sufragio positivo de los dos tercios de votantes, a excepción de tres párrafos que no alcanzaron la cota de los 123. La *Relación* es un documento de discusión y material de trabajo para la próxima Asamblea. Por transparencia informativa ha sido publicada también con los resultados de la votación.

El papa, estando en medio de todos y presidiendo, tiene la misión de garantizar la unidad de la Iglesia, de recordar que la autoridad en la Iglesia es servicio, y que este servicio es ejercitado en nombre de Jesucristo. El papa ha recibido el ministerio de asegurar la obediencia de la Iglesia a la voluntad de Dios y al Evangelio de Jesucristo. La Iglesia es de Jesucristo, a quienes todos los cristianos reconocemos como nuestro Señor.

c) Iniciación cristiana, sacramento del matrimonio y estabilidad

«La familia atraviesa una crisis cultural profunda, como las comunidades y vínculos sociales. En el caso de la familia, la fragilidad de los vínculos se vuelve especialmente grave porque se trata de la célula básica de la sociedad» (*Evangelii gaudium*, n. 66). En pocos años se ha multiplicado en nuestra sociedad el número de divorcios, con las consecuencias conocidas para los esposos, los hijos y las familias; ahora solo recuerdo este dato con la inquietud que produce; pero quiero detenerme en otro hecho de enorme trascendencia.

Ha descendido entre nosotros el número de matrimonios canónicos y de matrimonios en general. ¿Por qué ha perdido el sacramento del matrimonio la capacidad de convocatoria que ha tenido hasta ahora? ¿No se manifiesta también aquí la endeblez de la fe cristiana y de la pertenencia eclesial? ¿No están en relación la formación cristiana básica y la iniciación cristiana con la percepción del sentido sacramental del matrimonio, la familia como "iglesia doméstica" y la educación cristiana de los hijos? Es cuestión de sólidos cimientos y de personales convicciones profundas. La preparación para el sacramento del matrimonio no puede limitarse a algunos encuentros ocasionales. Es necesario ahondar en la relación entre fe cristiana y sacramento del matrimonio, como en la *Relatio Synodi* se pide. Los sacramentos, también el del matrimonio, son acontecimientos de fe y actuación del Espíritu Santo, de alianza fiel entre los esposos sostenida por la alianza irrevocable de Dios con su pueblo, de unión con Jesucristo entregado por amor en la cruz como servicio de la humanidad. Si la fe

está mortecina y casi apagada difícilmente sobrevive en nuestra situación social y cultural. Si la identidad cristiana está oscurecida, lo estará obviamente el sacramento del matrimonio y la familia cristiana. La vocación al matrimonio cristiano se descubre en el itinerario de la vida cristiana que tiene su fundamento en la iniciación cristiana. En la situación actual debemos acentuar la grandeza de la vocación a contraer matrimonio y a constituir una familia cristiana que se funda en el bautismo, como la vocación al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada. Cuando los tiempos no son propicios, debe encarecerse el aprecio de estas vocaciones en la Iglesia y para el servicio de todos. La preparación inicial y el acompañamiento posterior de la comunidad cristiana deben sostener la perseverancia de cada vocación. Solo lo genuino personalmente asimilado tiene garantía de perduración. ¿Por qué huyen muchos jóvenes de contraer un compromiso institucional?, se preguntó el relator principal. ¿No se está produciendo una especie de "des-institucionalización" del matrimonio, como si cada persona pudiera configurarlo según juzgue oportuno? ¿No es la multiplicidad de los llamados modelos de familia, que a veces se reivindica, el reverso de la des-institucionalización? ¿No queda la persona a la intemperie o a merced de la fragilidad de sus sentimientos, fuera de los vínculos sociales que implican el matrimonio y la familia? ¿No se ponen frente a frente como incompatibles la libertad de los cónyuges y la vinculación del matrimonio? ¿No ejercita el hombre la libertad también a través de la auto-vinculación? Sería llamativo que el hombre perdiera la libertad al contraer un compromiso de por vida, y no la perdiera al romperlo.

La *Relatio Synodi* tiene tres partes; siguiendo los estadios anteriores del recorrido sinodal; la primera está dedicada a atender al contexto y los desafíos planteados a la familia; el Sínodo quiere escuchar el clamor de la humanidad, sabiendo que hay voces que vienen desde el fondo y son percibidas con dificultad a través de sus ecos. En la segunda parte se dirige la mirada a Jesucristo para contemplar la belleza del evangelio de la familia; el mismo Jesús nos invita a acercarnos a las familias heridas y frágiles. Del corazón del Evangelio nace una nueva dimensión de la pastoral familiar ante las situaciones dolorosas; a esta se dedica la tercera parte, que es la más amplia. Ante nuevos desafíos, actitudes renovadas.

De esta parte tres párrafos no alcanzaron los dos tercios requeridos para ser aprobados por los padres sinodales, aunque recibieran un 60% de los votos.

El párrafo 52, sobre la posibilidad de que los divorciados vueltos a casar accedan o no a los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, recibió 104 votos positivos y 74 negativos. Estas son las palabras del párrafo: «Varios padres sinodales han insistido a favor de la disciplina actual, apo-

yándose en la relación constitutiva entre la participación en la eucaristía y la comunión con la Iglesia y su enseñanza sobre el matrimonio indisoluble. Otros se han expresado a favor de una acogida no generalizada a la mesa eucarística, en algunas situaciones particulares y en condiciones bien precisas, sobre todo cuando se trata de casos irreversibles y ligados a obligaciones morales hacia los hijos que padecerían sufrimientos injustos». El párrafo 53, sobre la relación entre comunión espiritual y sacramental, recibió 112 votos positivos y 64 contrarios. Y el párrafo 55, refrendado por 118 frente a 62, y dedicado a la atención pastoral a las personas con orientación homosexual, se ha redactado de manera muy distinta a como había aparecido anteriormente.

Nada puede suplir a una lectura atenta, reflexiva y serena. La previa información es imprescindible para una eventual discusión.

2. Esperanzas e inquietudes

a) V Centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús

El día 15 de octubre tuvo lugar en Ávila la celebración de apertura del V Centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús, con una eucaristía en el centro de la ciudad, a la que invitaron el Sr. obispo de Ávila, el presidente de la Conferencia Episcopal y el P. provincial de los carmelitas de Castilla. La celebración fue muy concurrida y hondamente participada; la mañana era luminosa; transcurrió con la dignidad y belleza de la liturgia y con la sobriedad del alma castellana.

Con este motivo envió el papa Francisco un precioso mensaje al Sr. obispo de Ávila, que él personalmente resumió al comenzar la celebración. Tomando pie de la frase de Teresa al morir en Alba de Tormes, «¡Ya es tiempo de caminar!», el papa nos invitó a aprender de ella a ser peregrinos. Desarrolló en el mensaje cuatro itinerarios, que sintetizan la vida de la santa andariega y que son muy elocuentes para nosotros: el camino de la alegría, de la oración, de la fraternidad y del propio tiempo. Con santa Teresa podemos decir que «un santo triste es un triste santo». La verdadera santidad es alegre porque el Evangelio es su fuente; Teresa de Jesús es maestra de oración, como ha sido reconocida oficialmente por la Iglesia. El camino de los discípulos del Señor discurre por la vía de la fraternidad. Dentro de la Madre Iglesia estamos llamados a vivir y convivir; al morir somos despedidos desde la casa materna de la Iglesia a la casa del Padre celestial. La Iglesia es casa de puertas abiertas; está en camino hacia los hombres para llevarles el gozo del Evangelio. No huyamos de los caminos por donde Dios nos vaya guiando. En todos los senderos y encrucijadas el Señor se hace encontradizo.

Recordar hoy a santa Teresa, una mujer del siglo XVI, nos enseña a aprender del pasado; si le diéramos la espalda, recortaríamos las posibilidades de nuestro presente y de nuestro futuro. Fray Luis de León reconoció que no había conocido a Teresa en vida, pero sí la conoció por sus escritos y por sus hijas; esta es también nuestra situación. Ella está viva en su obra de reforma y nos habla en sus libros; son dos espejos transparentes de su presencia.

Santa Teresa fue una monja contemplativa del siglo XVI, orante, iniciadora en la oración y maestra de oración. Teresa fue una mujer de humanidad arrolladora, de excelente pluma, de desbordante actividad, dotada de una luz singular para descubrir a Dios también «entre los pucheros»; supo adentrarse en los itinerarios más íntimos del hombre con un instinto penetrante en el análisis y certero en la valoración; recorrió caminos en carromatos y pasó malas noches en malas posadas. Pero, ante todo y sobre todo, fue una mujer de oración.

¿Qué tiene que ver la oración como síntesis de la vida de santa Teresa con los hombres y mujeres de nuestro tiempo, y particularmente con nosotros, cristianos? Este centenario es una preciosa oportunidad para descubrir el sentido cristiano y humanizador de la oración, guiados por una maestra excepcional. La oración y el silencio son hogar de la palabra. La oración derrama luz en el espíritu. Con la oración se nutre la esperanza y se templa la paciencia en las pruebas. De la oración nace la intrepidez y la determinación para la acción caritativa y apostólica; la oración es como un soplo que alienta la fe para hacerla más vibrante y gozosa. A través de la oración el alma se pacifica y serena. En la oración se funden las penas como se derrite la nieve ante el sol.

En la Asamblea Plenaria del mes de abril tendremos como Conferencia la oportunidad de peregrinar a Ávila. Confiamos en que el papa Francisco nos presida en la visita a la cuna de santa Teresa, en Ávila, y a su sepulcro, en Alba de Tormes. ¡Que estas efemérides nos enseñen a convertir nuestra vida en una salida para llevar el gozo del Evangelio a las periferias de los pobres, los enfermos, los descartados y los pecadores!

b) En defensa de la vida de los más débiles

Apareció claro a la opinión pública que nos había entristecido y desconcertado la noticia de la retirada por parte del Gobierno del proyecto de ley de defensa del niño concebido y no nacido, y de la ayuda a la madre que se siente angustiada ante el nacimiento de su hijo en gestación. La *Nota* publicada por la Comisión Permanente era tan honda y sentida como clara y sobria. Continuamos padeciendo el mismo desconcierto y reclamando lo prometido en el programa electoral.

En esta ocasión quiero trasmitir una vez más el mensaje y el empeño de la Iglesia de defender siempre el valor sagrado e inviolable de la vida humana desde la concepción hasta el ocaso, y en todas las situaciones y circunstancias. Con predilección queremos defender la vida de los más débiles, entre los que se encuentran los niños concebidos y no nacidos. También a estos debe llegar la defensa de los pobres y excluidos. La ciencia enseña que desde la concepción hay un tercer ser humano distinto de los padres. No es un tumor, sino un hijo. Deseo que cuanto antes sea cambiada eficazmente la legislación en el sentido de defender la vida de los niños en camino y de ayudar a las madres para llevar a término el embarazo. Hace ya muchos años que el filósofo Julián Marías, cuyo centenario del nacimiento celebramos este año, nos advirtió de que la aceptación social del aborto había sido uno de los hechos más graves de nuestro tiempo. Queremos trabajar para que esta aceptación social se convierta en un rechazo social.

A ello ayudarán, sin duda, las expresiones sociales que canalicen las convicciones de los ciudadanos que quieren construir de manera plenamente democrática una sociedad justa y libre en la que la vida humana sea protegida en todas sus etapas.

Sin abortos provocados, la sociedad será moralmente mucho más limpia. Nadie tiene el derecho a decidir a quién se deja nacer y a quién se le corta el paso. ¿Cómo es posible que el Tribunal Constitucional no haya respondido todavía al recurso que hace cuatro años le fue presentado contra la segunda ley del aborto? Los cristianos, junto con otras muchas personas, queremos que la persona nunca sea considerada como medio, sino como fin (E. Kant), que es una expresión del reconocimiento de su dignidad.

En medio del desaliento y de la preocupación con que los hechos y las noticias de los últimos meses apesadumbran a nuestra sociedad, quiero hacerme intérprete del común sentir de los obispos españoles y de su confianza en la acción de la Justicia, e invito a superar cualquier tentación de desánimo y a colaborar juntos por un futuro más sereno, más justo y más solidario. ¡Seamos trabajadores esperanzados en este empeño común!

c) Caminos de Dios en nuestro tiempo

Desde hace muchos años, y de manera intermitente, la Conferencia Episcopal Española ha hecho un alto en el camino para descubrir con detenimiento las oportunidades y los desafíos, las luces y las sombras de la Iglesia y de la sociedad, buscando los caminos de Dios en nuestro tiempo para ejercitar nuestra misión evangelizadora. Ya hemos iniciado este trabajo, que nos ocupará en los días próximos. El borrador que será presentado nos ayudará eficazmente en la reflexión compartida. En estos diálogos

pastorales alcanza probablemente la Asamblea de los Obispos los momentos más intensos en el intercambio de experiencias y de búsquedas. Este ejercicio de mutua escucha nos ofrece perspectivas y orientaciones para las actividades pastorales en nuestras diócesis.

En estas reflexiones no podemos inhibirnos de la situación de la sociedad de la que formamos parte y a la que queremos servir. Es una convicción generalizada y un clamor que resuena en todos los rincones, el que necesitamos como pueblo una regeneración moral. La noticia de tantos hechos que nos abochornan, desmoralizan y entristecen debe llevarnos a detectar las causas y a cambiar el curso de las cosas. No bastan la irritación, los rechazos y la condenación que manifiestan probablemente en medio de todo la reacción de un sentido moral. Las leyes son necesarias, pero su vinculación personal debe ser fortalecida con la conciencia ética. Aunque nadie sea testigo de nuestras acciones, no podemos silenciar la llamada a evitar el mal y hacer el bien que escuchamos en el interior; aunque ni la policía, ni la Justicia, ni los medios de comunicación social nos descubrieran –algo cada día más improbable– no podemos ocultarnos de la luz de la conciencia ni zafarnos del deber de no traicionar nuestra dignidad personal. Sin conducta moral, sin honradez, sin respeto a los demás, sin servicio al bien común, sin solidaridad con los necesitados, nuestra sociedad se degrada. La calidad de una sociedad tiene que ver fundamentalmente con su calidad moral. Sin valores morales, se apodera de nosotros el malestar, al contemplar el presente, y la pesadumbre, al proyectar nuestro futuro. ¡Cuánto despiertan, vigorizan y rearman moralmente la conciencia, el reconocimiento y el respeto de Dios!

Termino con unas palabras de la Sagrada Escritura: «Principio de la sabiduría es el temor del Señor» (*Prov* 1.7). «Cuando comprendí que no la alcanzaría si Dios no me la daba, acudí al Señor y le supliqué de todo corazón: "Dame la sabiduría asistente de tu trono para que me asista en mis trabajos"» (*Sab* 8, 21ss).

Madrid, 17 de noviembre de 2014

MONS. RICARDO BLÁZQUEZ PÉREZ
Arzobispo de Valladolid
y Presidente de la Conferencia Episcopal Española

✻ ✻ ✻

Comunicados eclesiales

Santo Padre

I

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 29-10-2014)

En las catequesis anteriores tuvimos ocasión de destacar cómo la Iglesia tiene una naturaleza espiritual: es el cuerpo de Cristo, edificado en el Espíritu Santo. Cuando nos referimos a la Iglesia, sin embargo, inmediatamente el pensamiento se dirige a nuestras comunidades, nuestras parroquias, nuestras diócesis, a las estructuras en las que a menudo nos reunimos y, obviamente, también a los miembros y a las figuras más institucionales que la dirigen, que la gobiernan. Es esta la realidad visible de la Iglesia. Entonces, debemos preguntarnos: ¿se trata de dos cosas distintas o de la única Iglesia? Y, si es siempre la única Iglesia, ¿cómo podemos entender la relación entre su realidad visible y su realidad espiritual?

Ante todo, cuando hablamos de la realidad visible de la Iglesia, no debemos pensar sólo en el Papa, los obispos, los sacerdotes, las religiosas y todas las personas consagradas. La realidad visible de la Iglesia está constituida por muchos hermanos y hermanas bautizados que en el mundo creen, esperan y aman. Pero muchas veces escuchamos que se dice: «La Iglesia no hace esto, la Iglesia no hace esto otro…» – «Pero, dime, ¿quién es la Iglesia?» – «Son los sacerdotes, los obispos, el Papa…» – La Iglesia somos todos, nosotros. Todos los bautizados somos la Iglesia, la Iglesia de Jesús. Todos aquellos que siguen al Señor Jesús y que, en su nombre, se hacen cercanos a los últimos y a los que sufren, tratando de ofrecer un poco de alivio, de consuelo y de paz. Todos los que hacen lo que el Señor nos ha mandado son la Iglesia.

Comprendemos, entonces, que incluso la realidad visible de la Iglesia no es mensurable, no es posible conocer en toda su amplitud: ¿cómo se hace para conocer todo el bien que se hace? Muchas obras de amor, numerosas fidelidades en las familias, tanto trabajo para educar a los hijos, para transmitir la fe, tanto sufrimiento en los enfermos que ofrecen sus sufrimientos al Señor… Esto no se puede medir y es muy grande. ¿Cómo se hace para conocer todas las maravillas que, a través de nosotros, Cristo logra obrar en el corazón y en la vida de cada persona? Mirad: también la realidad visible de la Iglesia va más allá de nuestro control, va más allá de nuestras fuerzas, y es una realidad misteriosa, porque viene de Dios.

Para comprender la relación, en la Iglesia, la relación entre su realidad visible y su realidad espiritual, no hay otro camino más que mirar a Cristo, de quien la Iglesia constituye el cuerpo y de quien ella nace, en un acto de infinito amor. También en Cristo, en efecto, en virtud del misterio de la Encarnación, reconocemos una naturaleza humana y una naturaleza divina, unidas en la misma persona de modo admirable e indisoluble. Esto vale de modo análogo también para la Iglesia. Y como en Cristo la naturaleza humana secunda plenamente la naturaleza divina y se pone a su servicio, en función de la realización de la salvación, así sucede, en la Iglesia, por su realidad visible, respecto a la naturaleza espiritual. También la Iglesia, por lo tanto, es un misterio, en el cual lo que no se ve es más importante que aquello que se ve, y sólo se puede reconocer con los ojos de la fe (cf. Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 8).

Así, pues, en el caso de la Iglesia, debemos preguntarnos: ¿cómo es que la realidad visible puede ponerse al servicio de la realidad espiritual? Una vez más, podemos comprenderlo mirando a Cristo. Cristo es el modelo de la Iglesia, porque la Iglesia es su cuerpo. Es el modelo de todos los cristianos, de todos nosotros. Cuando se mira a Cristo no hay lugar a error. En el Evangelio de san Lucas se relata cómo Jesús, al volver a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga y leyó, refiriéndolo a sí mismo, el pasaje del profeta Isaías donde está escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (4, 18-19). He aquí: como Cristo se valió de su humanidad –porque también era hombre– para anunciar y realizar el designio divino de redención y de salvación –porque era Dios–, así debe ser también para la Iglesia. A través de su realidad visible, de todo lo que se ve, los sacramentos y el testimonio de todos nosotros cristianos, la Iglesia está llamada cada día a hacerse cercana a cada hombre, comenzando por quien es pobre, por quien sufre y está marginado, de modo que siga haciendo sentir en todos la mirada compasiva y misericordiosa de Jesús.

Queridos hermanos y hermanas, a menudo como Iglesia experimentamos nuestra fragilidad y nuestros límites. Todos los tenemos. Todos somos pecadores. Nadie de nosotros puede decir: «Yo no soy pecador». Pero si alguno de nosotros siente que no es pecador, que levante la mano. Veamos cuántos… ¡No se puede! Todos lo somos. Y esta fragilidad, estos límites, estos pecados nuestros, es justo que nos causen un profundo dolor, sobre todo cuando damos mal ejemplo y nos damos cuenta de que nos convertimos en motivo de escándalo. Cuántas veces, en el barrio, hemos escuchado: «Pero, esa persona que está allá, va siempre a la iglesia pero habla mal de todos, critica a todos…». Esto no es cristiano, es un mal ejemplo: es un pecado. De este modo damos un mal ejemplo: «Y, en definitiva, si este o esta es cristiano, yo me hago ateo». Nuestro testimonio es hacer comprender lo que significa ser cristiano. Pidamos no ser motivo de escándalo. Pidamos el don de la fe, para que podamos comprender cómo, a pesar de nuestra miseria y nuestra pobreza, el Señor nos hizo verdaderamente instrumento de gracia y signo visible de su amor para toda la humanidad. Podemos convertirnos en motivo de escándalo, sí. Pero podemos llegar a ser también motivo de testimonio, diciendo con nuestra vida lo que Jesús quiere de nosotros.

✲ ✲ ✲

II

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

(Cementerio del Verano, Roma, 1-11-2014)

«El hombre se adueña de todo, se cree Dios, se cree el rey» y devasta toda la creación: lo destacó el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada el 1 de noviembre en el cementerio monumental romano del Verano en la solemnidad de Todos los santos. «¿Pero quién paga la fiesta? –continuó el Pontífice– ¡Ellos! Los pequeños, los pobres, quienes en persona acabaron en el descarte. Y esto no es historia antigua: sucede hoy».

Cuando en la primera lectura escuchamos esta voz del Ángel que gritó con voz potente a los cuatro Ángeles que se les había encargado devastar la tierra y el mar y destruir todo: «No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles» (*Ap* 7, 3) a mí me vino a la memoria una frase que no está aquí,

pero está en el corazón de todos nosotros: «Los hombres son capaces de hacerlo mejor que vosotros». Nosotros somos capaces de devastar la tierra mejor que los Ángeles. Y esto lo estamos haciendo, esto lo hacemos: devastar la Creación, devastar la vida, devastar las culturas, devastar los valores, devastar la esperanza. ¡Cuánta necesidad tenemos de la fuerza del Señor para que nos selle con su amor y con su fuerza, para detener esta descabellada carrera de destrucción! Destrucción de lo que Él nos ha dado, de las cosas más hermosas que Él hizo por nosotros, para que nosotros las llevásemos adelante, las hiciésemos crecer, para dar frutos. Cuando miraba en la sacristía las fotografías de hace 71 años (bombardeo del Verano del 19 de julio de 1943), pensé: «Esto ha sido grave, muy doloroso. Esto es nada en comparación con lo que sucede hoy». El hombre se adueña de todo, se cree Dios, se cree el rey. Y las guerras: las guerras que continúan, no precisamente sembrando semilla de vida, sino destruyendo. Es la industria de la destrucción. Es un sistema, incluso de vida, que cuando las cosas no se pueden acomodar, se descartan: se descartan los niños, se descartan los ancianos, se descartan los jóvenes sin trabajo. Esta devastación ha construido esta cultura del descarte: se descartan pueblos… Esta es la primera imagen que se me ocurrió cuando escuché esta lectura.

La segunda imagen, en la misma lectura: esta «muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas» (7, 9). Los pueblos, la gente… Ahora empieza el frío: estos pobres que para salvar su vida tienen que huir de sus casas, de sus pueblos, de sus aldeas, hacia el desierto… y viven en tiendas, sienten el frío, sin medicinas, hambrientos, porque el «dios-hombre» se adueñó de la Creación, de todo lo hermoso que Dios hizo por nosotros. ¿Pero quién paga la fiesta? ¡Ellos! Los pequeños, los pobres, quienes en persona acabaron en el descarte. Y esto no es historia antigua: sucede hoy. «Pero, padre, es lejano…» – También aquí, en todas partes. Sucede hoy. Diré aún más: parece que esta gente, estos niños hambrientos, enfermos, parece que no cuentan, que son de otra especie, que no son humanos. Y esta multitud está ante Dios y pide: «¡Por favor, salvación! ¡Por favor, paz! ¡Por favor, pan! ¡Por favor, trabajo! ¡Por favor, hijos y abuelos! ¡Por favor, jóvenes con la dignidad de poder trabajar!». Entre estos perseguidos, están también los que son perseguidos por la fe. «Uno de los ancianos me dijo: "Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?"… "Son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero"» (7, 13-14). Y hoy, sin exagerar, hoy, en el día de Todos los santos, quisiera que pensáramos en todos ellos, los santos desconocidos. Pecadores como nosotros, peor que nosotros, pero destruidos. A esta tan numerosa gente que viene de la gran tribulación. La mayor parte del mun-

do vive en la tribulación. Y el Señor santifica a este pueblo, pecador como nosotros, pero lo santifica con la tribulación.

Y al final, la tercera imagen: Dios. La primera, la devastación; la segunda, las víctimas; la tercera, Dios. En la segunda lectura hemos escuchado: «Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es» (*1 Jn* 3, 2): es decir la esperanza. Y esta es la bendición del Señor que aún tenemos: la esperanza. La esperanza de que tenga piedad de su pueblo, que tenga piedad de estos que están en la gran tribulación, que tenga piedad también de los destructores, a fin de que se conviertan. Así, la santidad de la Iglesia sigue adelante: con esta gente, con nosotros que veremos a Dios como Él es. ¿Cuál debe ser nuestra actitud si queremos entrar en este pueblo y caminar hacia el Padre, en este mundo de devastación, en este mundo de guerras, en este mundo de tribulaciones? Nuestra actitud, lo hemos escuchado en el Evangelio, es la actitud de las Bienaventuranzas. Sólo ese camino nos llevará al encuentro con Dios. Sólo ese camino nos salvará de la destrucción, de la devastación de la tierra, de la creación, de la moral, de la historia, de la familia, de todo. Sólo ese camino: ¡pero nos hará pasar por cosas desagradables! Nos traerá problemas, persecuciones. Pero sólo ese camino nos llevará hacia adelante. Y así, este pueblo que hoy sufre tanto por el egoísmo de los devastadores, de nuestros hermanos devastadores, este pueblo sigue adelante con las Bienaventuranzas, con la esperanza de encontrar a Dios, de encontrar cara a cara al Señor, con la esperanza de llegar a ser santos, en ese momento del encuentro definitivo con Él.

Que el Señor nos ayude y nos dé la gracia de esta esperanza, pero también la gracia de la valentía de salir de todo lo que es destrucción, devastación, relativismo de vida, exclusión de los demás, exclusión de los valores, exclusión de todo lo que el Señor nos ha dado: exclusión de la paz. Que nos libre de esto y nos done la gracia de caminar con la esperanza de encontrarnos un día cara a cara con Él. Y esta esperanza, hermanos y hermanas, no defrauda.

✲ ✲ ✲

III

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 5-11-2014)

Hemos escuchado lo que el apóstol Pablo decía al obispo Tito. ¿Pero cuántas virtudes debemos tener, nosotros, los obispos? Hemos escuchado todos, ¿no? No es fácil, no es fácil, porque somos pecadores. Pero nos encomendamos a vuestra oración, para que al menos nos acerquemos a estas cosas que el apóstol Pablo aconseja a todos los obispos. ¿De acuerdo? ¿Rezaréis por nosotros?

Hemos ya tenido ocasión de destacar, en las catequesis anteriores, cómo el Espíritu Santo colma siempre a la Iglesia con sus dones, en abundancia. Ahora, con el poder y la gracia de su Espíritu, Cristo no deja de suscitar ministerios, con el fin de edificar a las comunidades cristianas como su cuerpo. Entre estos ministerios, se distingue el ministerio episcopal. En el obispo, con la colaboración de los presbíteros y diáconos, es Cristo mismo quien se hace presente y sigue cuidando de su Iglesia, asegurando su protección y su guía.

En la presencia y en el ministerio de los obispos, presbíteros y diáconos podemos reconocer el auténtico rostro de la Iglesia: es la Santa Madre Iglesia jerárquica. Y, verdaderamente, a través de estos hermanos elegidos por el Señor y consagrados con el sacramento del Orden, la Iglesia ejerce su maternidad: nos engendra en el Bautismo como cristianos, haciéndonos renacer en Cristo; cuida nuestro crecimiento en la fe; nos acompaña a los brazos del Padre, para recibir su perdón; prepara para nosotros la mesa eucarística, donde nos nutre con la Palabra de Dios y el Cuerpo y la Sangre de Jesús; invoca sobre nosotros la bendición de Dios y la fuerza de su Espíritu, sosteniéndonos a lo largo de toda nuestra vida y envolviéndonos con su ternura y su calor, sobre todo en los momentos más delicados de la prueba, del sufrimiento y de la muerte.

Esta maternidad de la Iglesia se expresa, en especial, en la persona del obispo y en su ministerio. En efecto, como Jesús eligió a los Apóstoles y los envió a anunciar el Evangelio y a apacentar su rebaño, así los obispos, sus sucesores, son puestos a la cabeza de las comunidades cristianas, como garantes de su fe y como signos vivos de la presencia del Señor en medio de ellos. Comprendemos, por lo tanto, que no se trata de una posición de prestigio, de un cargo honorífico. El episcopado no es una condecoración, es un servicio. Jesús lo quiso así. No debe haber

lugar en la Iglesia para la mentalidad mundana. La mentalidad mundana dice: «Este hombre hizo la carrera eclesiástica, llegó a ser obispo». No, no, en la Iglesia no debe haber sitio para esta mentalidad. El episcopado es un servicio, no una condecoración para enaltecerse. Ser obispos quiere decir tener siempre ante los ojos el ejemplo de Jesús que, como buen Pastor, vino no para ser servido, sino para servir (cf. *Mt* 20, 28; *Mc* 10, 45) y para dar su vida por sus ovejas (cf. *Jn* 10, 11). Los santos obispos –y son muchos en la historia de la Iglesia, muchos obispos santos– nos muestran que este ministerio no se busca, no se pide, no se compra, sino que se acoge en obediencia, no para elevarse, sino para abajarse, como Jesús que «se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y una muerte de cruz» (*Flp* 2, 8). Es triste cuando se ve a un hombre que busca este ministerio y hace muchas cosas para llegar allí y cuando llega allí no sirve, se da importancia y vive sólo para su vanidad.

Hay otro elemento precioso, que merece ser destacado. Cuando Jesús eligió y llamó a los Apóstoles, no los pensó uno separado del otro, cada uno por su cuenta, sino juntos, para que estuviesen con Él, unidos, como una sola familia. También los obispos constituyen un único colegio, reunido en torno al Papa, quien es custodio y garante de esta profunda comunión, que tanto le interesaba a Jesús y a sus Apóstoles mismos. Cuán hermoso es, entonces, cuando los obispos, con el Papa, expresan esta colegialidad y tratan de ser cada vez más y mejor servidores de los fieles, más servidores en la Iglesia. Lo hemos experimentado recientemente en la Asamblea del Sínodo sobre la familia. Pero pensemos en todos los obispos dispersos en el mundo que, incluso viviendo en localidades, culturas, sensibilidades y tradiciones diferentes y lejanas entre sí, de un sitio a otro –un obispo me decía hace días que para llegar a Roma se necesitaban, desde el lugar de donde era él, más de 30 horas de avión– se sienten parte uno del otro y llegan a ser expresión de la relación íntima, en Cristo, de sus comunidades. Y en la oración eclesial común todos los obispos se reúnen juntos a la escucha del Señor y del Espíritu, pudiendo así poner atención en profundidad al hombre y a los signos de los tiempos (cf. Conc. Ecum. Vat. ii, const. *Gaudium et spes*, 4).

Queridos amigos, todo esto nos hace comprender por qué las comunidades cristianas reconocen en el obispo un don grande, y están llamadas a alimentar una sincera y profunda comunión con él, a partir de los presbíteros y los diáconos. No existe una Iglesia sana si los fieles, los diáconos y los presbíteros no están unidos al obispo. Esta Iglesia que no está unida al obispo es una Iglesia enferma. Jesús quiso esta unión de todos los fieles con el obispo, también de los diáconos y los presbíteros. Y esto lo hacen con la consciencia de que es precisamente en el obispo donde se hace visible el vínculo de cada una de las Iglesias con los

Apóstoles y con todas las demás comunidades, unidas a sus obispos y al Papa en la única Iglesia del Señor Jesús, que es nuestra Santa Madre Iglesia jerárquica. Gracias.

✻ ✻ ✻

IV

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN LA ASAMBLEA NACIONAL DE LA CONFERENCIA ITALIANA DE SUPERIORES MAYORES (CISM)

(Sala Clementina, 7-11-2014)

Os doy la bienvenida y os agradezco vuestra acogida, en especial doy las gracias al padre presidente por haber introducido nuestro encuentro, que tiene lugar al término de vuestra asamblea nacional. A la luz de lo que he escuchado de vuestro trabajo, quisiera compartir con vosotros algunos puntos de referencia para el camino.

Ante todo, la vida religiosa ayuda principalmente a la Iglesia a realizar esa «atracción» que la hace crecer, porque ante el testimonio de un hermano o de una hermana que vive de verdad la vida religiosa, la gente se pregunta: «¿qué hay aquí?», «¿qué es lo que impulsa a esta persona a ir más allá del horizonte mundano?». Diría que esta es la primera cuestión: ayudar a la Iglesia a crecer por la vía de la atracción. Sin preocuparse por juntar prosélitos: ¡atracción!

Lo hemos escuchado en el Evangelio del miércoles pasado: si uno «no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío» (*Lc* 14, 33). Esta decisión, de diversas formas, se pide a todo cristiano. Pero nosotros religiosos estamos llamados a dar un testimonio de profecía. El testimonio de una vida evangélica es lo que distingue al discípulo misionero y en especial a quien sigue al Señor por la senda da la vida consagrada. Y el testimonio profético coincide con la santidad. La profecía auténtica jamás es ideológica, no está enfrentada con la institución: es institución. La profecía es institucional. La profecía auténtica no es ideológica, no va «a la moda», sino que es siempre un signo de contradicción según el Evangelio, así como era Jesús. Jesús, por ejemplo, fue un signo de contradicción para las

autoridades religiosas de su tiempo: jefes de los fariseos y de los saduceos, doctores de la ley. Y lo fue también para otras denominaciones y propuestas: esenios, zelotes, etc. Signo de contradicción.

Os agradezco el trabajo que habéis hecho en estos días, como decía el padre presidente: un trabajo que ayuda a seguir adelante en el camino trazado por la *Evangelii gaudium*. Él usó una bella expresión, dijo: «no queremos combatir batallas de retroguardia, de defensa, sino entregarnos entre la gente», con la certeza de fe que Dios siempre hace brotar y madurar su reino. Esto no es fácil, no se da por descontado; requiere conversión; requiere ante todo oración y adoración. Por favor, adoración. Y requiere compartir con el pueblo santo de Dios que vive en las periferias de la historia. Descentrarse. Todo carisma, para vivir y ser fecundo, está llamado a descentrarse, para que en el centro esté sólo Jesucristo. El carisma no se debe conservar como una botella de agua destilada, se debe hacer fructificar con valentía, confrontándolo con la realidad presente, con las culturas, con la historia, como nos enseñan los grandes misioneros de nuestros institutos.

La vida fraterna es un signo claro que la vida religiosa está llamada a dar hoy. Por favor, que no tenga lugar entre vosotros el terrorismo de las habladurías. Sacadlo fuera. Que haya fraternidad. Y si tú tienes algo contra el hermano, se lo dices de frente… Algunas veces acabarás a los golpes, no es un problema: es mejor esto que el terrorismo de las habladurías. Hoy la cultura dominante es individualista, centrada en los derechos subjetivos. Es una cultura que corroe la sociedad a partir de su célula primaria que es la familia. La vida consagrada puede ayudar a la Iglesia y a toda la sociedad dando testimonio de fraternidad, que es posible vivir juntos como hermanos en la diversidad: ¡esto es importante! Porque en la comunidad uno no elige con anticipación, allí se encuentran personas distintas por carácter, edad, formación, sensibilidad… sin embargo, se trata de vivir como hermanos. No siempre se logra, vosotros lo sabéis bien. Muchas veces nos equivocamos, porque todos somos pecadores, pero se reconoce el hecho de haberse equivocado, se pide perdón y se ofrece el perdón. Y esto hace bien a la Iglesia: hace circular en el cuerpo de la Iglesia la savia de la fraternidad. Y hace bien también a toda la sociedad.

Pero esta fraternidad presupone la paternidad de Dios y la maternidad de la Iglesia y de la Madre, la Virgen María. Cada día tenemos que volver a ponernos en esta relación, y lo podemos hacer con la oración, la Eucaristía, la adoración, el Rosario. Así renovamos cada día nuestro «estar» con Cristo y en Cristo, y así nos introducimos en la relación auténtica con el Padre que está en el cielo y con la Madre Iglesia, nuestra Santa Madre Iglesia jerárquica, y la Madre María. Si nuestra vida se sitúa siempre de

nuevo en estas relaciones fundamentales, entonces estamos en condiciones de vivir también una fraternidad auténtica, una fraternidad testimonial, que atrae.

Queridos hermanos, os dejo estas sencillas pistas, sobre las cuales ya estáis caminando. Os animo a seguir adelante y os acompaño por este camino. Que el Señor os bendiga y bendiga a todas vuestras comunidades, especialmente a las que son más probadas y a las que más sufren. Y os doy las gracias por la oración con la que me acompañáis a mí y mi servicio a la Iglesia. ¡Gracias!

* * *

V

MENSAJE A LOS SEMINARISTAS FRANCESES CON MOTIVO DE SU REUNIÓN EN EL SANTUARIO MARIANO DE LOURDES

(8-10/11-2014)

Os saludo cordialmente a cada uno de vosotros, así como también a vuestros formadores y a vuestros obispos, con quienes os habéis encontrado al término de los trabajos de la Asamblea plenaria de la Conferencia episcopal. Me alegra mucho saber que estáis todos reunidos en torno a María, la madre del Señor, en este santuario de Lourdes, tan querido en todo el mundo.

Pensando en vuestro encuentro, en este importante lugar mariano, me viene inmediatamente a la mente y al corazón lo que la Palabra de Dios dice de los discípulos después de que el Señor resucitado les pidió que esperaran al Espíritu Santo: «Cuando llegaron, subieron a la sala superior, donde se alojaban… Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos» (*Hch* 1, 13-14).

Contemplando este hecho, quisiera que recordarais tres palabras esenciales para vuestra vida de seminaristas: *fraternidad*, *oración*, *misión*.

El libro de los *Hechos* nos dice que los discípulos tenían un solo corazón. Vuestro encuentro es una demostración de ello. El tiempo del semi-

nario corresponde a esa experiencia fundadora que los Apóstoles tuvieron durante largos meses, cuando Jesús los instituyó: «E instituyó doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar» (*Mc* 3, 14-15). La fraternidad de los discípulos, la que expresa la unidad de los corazones, forma parte de la llamada que habéis recibido. El ministerio presbiteral no puede en ningún caso ser individual, y menos aún individualista.

En el seminario, vivís juntos para aprender a conoceros, apreciaros, sosteneros, a veces también a soportaros, con el fin de vivir juntos la misión y dar ese testimonio del amor gracias al cual se reconocen los discípulos de Jesús. Es importante realizar esta opción personal y definitiva de una verdadera entrega de sí a Dios y a los demás. Os invito, por lo tanto, a aceptar este aprendizaje de la fraternidad, poniendo en ello todo vuestro entusiasmo; creceréis en la caridad y construiréis la unidad tomando las iniciativas que el Espíritu Santo os inspirará. Podréis crear así los medios más adecuados para vivir en verdad la fraternidad sacerdotal cuando seréis ordenados. *Fraternidad*, es la primera palabra.

Oración. Juntos, los discípulos rezan con María, esperando al Espíritu Santo. Vosotros habéis sido llamados por Jesús que quiere haceros participar en su sacerdocio para la vida del mundo. En la base de vuestra formación está la Palabra de Dios, que os penetra, os alimenta, os ilumina. Al rezar con ella, todo lo que aprendéis toma vida en la oración.

Os exhorto, por lo tanto, a vivir cada día largos momentos de oración, recordándoos cómo Jesús mismo se retiraba en el silencio o la soledad para adentrarse en el misterio de su Padre. También vosotros, en la oración es donde volvéis a encontrar la presencia amorosa del Señor y donde os dejáis transformar por Él, sin tener miedo al desierto que ella implica, a la noche que habitualmente la caracteriza. También Moisés entró en la oscuridad de la nube para hablar con Dios en la humildad, como un amigo habla con su amigo.

Que vuestra oración sea una llamada al Espíritu. Es Él quien edifica la Iglesia, quien guía a los discípulos e infunde la caridad pastoral. Con el poder del Espíritu es como alcanzaréis a aquellos a quienes seréis enviados, con la consciencia de que esperan que vosotros seáis testigos de Jesús, «hombres de Dios», a fin de que los llevéis al Padre.

Llego de este modo a mi tercera palabra: *misión*. Por medio de vuestro bautismo, os habéis convertido en anunciadores del Evangelio. Con la ordenación presbiteral, recibís el encargo de proclamar la Palabra, bajo la responsabilidad de vuestros obispos. Al prepararos para esta misión, recordaréis que es el último mandato del Señor: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo

y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (*Mt* 28, 19-20). Todo lo que hacéis durante vuestra formación no tiene para vosotros más que un fin: llegar a ser humildes discípulos-misioneros para formar discípulos.

Os animo a aprender a conocer el mundo al cual seréis enviados y a grabar en vosotros la acción de la salida de vosotros mismos, del encuentro con el otro. La preferencia por las personas que más se han alejado es una respuesta a la invitación del Resucitado que os precede y os espera en la Galilea de los gentiles. Yendo a las periferias, se llega también al centro.

La misión es inseparable de la oración porque la oración os abre al Espíritu y el Espíritu os guía en la misión. Y la misión, cuya alma es la caridad, consiste en llevar a quienes encontraréis a percibir la ternura con la cual el Señor los envuelve, a recibir el bautismo, a alabar a Dios, a vivir de la Eucaristía, para participar a su vez en la misión de la Iglesia.

María acompañó a Jesús en su misión. Estaba presente en Pentecostés, cuando los discípulos recibieron el Espíritu Santo. Acompañó maternalmente los primeros pasos de la Iglesia. En estos días en Lourdes, encomendaos a ella, volved a poner vuestra llamada en sus manos, pedidle que haga de vosotros pastores según el corazón de Dios. Que ella os fortalezca en estos tres puntos esenciales de los que hablé: fraternidad, oración, misión.

Os imparto de todo corazón la bendición apostólica y os pido que recéis por mí. Gracias.

* * *

VI

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 12-11-2014)

En la catequesis precedente hemos destacado cómo el Señor sigue apacentando a su rebaño a través del ministerio de los obispos, con la colaboración de los presbíteros y diáconos. Es en ellos donde Jesús se hace presente, con el poder de su Espíritu, y sigue sirviendo a la Iglesia, alimentando en ella la fe, la esperanza y el testimonio de la caridad. Estos

ministerios constituyen, por lo tanto, un don grande del Señor para cada comunidad cristiana y para toda la Iglesia, ya que son un signo vivo de su presencia y de su amor.

Hoy queremos preguntarnos: ¿qué se les pide a estos ministros de la Iglesia, para que vivan de modo auténtico y fecundo su servicio?

En las «Cartas pastorales» enviadas a sus discípulos Timoteo y Tito, el apóstol Pablo se detiene con atención en la figura de los obispos, presbíteros y diáconos, también en la figura de los fieles, ancianos y jóvenes. Se detiene en una descripción de cada cristiano en la Iglesia, trazando para los obispos, presbíteros y diáconos aquello a lo que están llamados y las características que se deben reconocer en los que son elegidos e investidos con estos ministerios. Ahora, es emblemático cómo, junto a las virtudes inherentes a la fe y a la vida espiritual –que no se pueden descuidar, porque son la vida misma–, se enumeran algunas cualidades exquisitamente humanas: la acogida, la sobriedad, la paciencia, la mansedumbre, la fiabilidad, la bondad de corazón. Es este el alfabeto, la gramática de base de todo ministerio. Debe ser la gramática de base de todo obispos, de todo sacerdote, de todo diácono. Sí, porque sin esta predisposición hermosa y genuina a encontrar, conocer, dialogar, apreciar y relacionarse con los hermanos de modo respetuoso y sincero, no es posible ofrecer un servicio y un testimonio auténticamente gozoso y creíble.

Hay luego una actitud de fondo que Pablo recomienda a sus discípulos y, en consecuencia, a todos los que son investidos con el ministerio pastoral, sean obispos, sacerdotes o diáconos. El apóstol exhorta a reavivar continuamente el don que se ha recibido (cf.*1 Tm* 4, 14; *2 Tm* 1, 6). Esto significa que debe estar siempre viva la consciencia de que no son obispos, sacerdotes o diáconos porque son más inteligentes, más listos y mejores que los demás, sino sólo en virtud de un don, un don de amor dispensado por Dios, en el poder de su Espíritu, para el bien de su pueblo. Esta consciencia es verdaderamente importante y constituye una gracia que se debe pedir cada día. En efecto, un pastor que es consciente de que su ministerio brota únicamente de la misericordia y del corazón de Dios nunca podrá asumir una actitud autoritaria, como si todos estuviesen a sus pies y la comunidad fuese su propiedad, su reino personal.

La consciencia de que todo es don, todo es gracia, ayuda también a un pastor a no caer en la tentación de ponerse en el centro de la atención y confiar sólo en sí mismo. Son las tentaciones de la vanidad, del orgullo, de la suficiencia, de la soberbia. Ay si un obispo, un sacerdote o un diácono pensase que lo sabe todo, que tiene siempre la respuesta justa para cada cosa y que no necesita de nadie. Al contrario, la consciencia de ser él, en primer lugar, objeto de la misericordia y de la compasión de Dios debe lle-

var a un ministro de la Iglesia a ser siempre humilde y comprensivo respecto a los demás. Incluso con la consciencia de estar llamado a custodiar con valentía el depósito de la fe (cf. *1 Tm* 6, 20), él se dispondrá a escuchar a la gente. Es consciente, en efecto, de tener siempre algo por aprender, incluso de quienes pueden estar lejos de la fe y de la Iglesia. Con sus hermanos en el ministerio, todo esto debe llevar, además, a asumir una actitud nueva, caracterizada por el compartir, la corresponsabilidad y la comunión.

Queridos amigos, debemos estar siempre agradecidos al Señor, porque en la persona y en el ministerio de los obispos, de los sacerdotes y de los diáconos sigue guiando y formando a su Iglesia, haciéndola crecer a lo largo del camino de la santidad. Al mismo tiempo, debemos seguir rezando, para que los pastores de nuestras comunidades sean imagen viva de la comunión y del amor de Dios.

✻ ✻ ✻

VII

CARTA A LOS PARTICIPANTES EN LA ASAMBLEA GENERAL EXTRAORDINARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA

(Asís, 10-13/11-2014)

Con estas líneas quiero expresar mi cercanía a cada uno de vosotros y a las Iglesias en medio de las cuales el Espíritu de Dios os ha puesto como pastores. Que este mismo Espíritu anime con su sabiduría creativa la Asamblea general que estáis iniciando, dedicada especialmente a la vida y a la formación permanente de los presbíteros.

Al respecto, vuestro encuentro en Asís hace pensar inmediatamente en el gran amor y la veneración que san Francisco sentía por la santa Madre Iglesia jerárquica, y en especial por los sacerdotes, incluidos los que él reconocía como «*pauperculos huius saeculi*» (del *Testamento*).

Entre las principales responsabilidades que el ministerio episcopal os confía está la de confirmar, sostener y consolidar a estos vuestros primeros colaboradores, a través de quienes la maternidad de la Iglesia llega a todo el pueblo de Dios. ¡Cuántos de ellos hemos conocido! ¡Cuántos con su testimonio han ayudado a atraernos a una vida de consagración! ¡De cuántos

de ellos hemos aprendido y hemos sido formados! En la memoria agradecida cada uno de nosotros conserva de ellos los nombres y los rostros. Los hemos visto entregar su vida entre la gente de nuestras parroquias, educar a los jóvenes, acompañar a las familias, visitar a los enfermos en su casa y en el hospital, hacerse cargo de los pobres, con la conciencia de que «separarse para no mancharse con los demás es la suciedad más grande» (L. Tolstoj). Libres de las cosas y de sí mismos, recuerdan a todos que abajarse sin guardar nada para sí mismo es la senda hacia esa sublimidad que el Evangelio llama caridad; y que la alegría más auténtica se goza en la fraternidad vivida.

Los sacerdotes santos son pecadores perdonados e instrumentos de perdón. Su vida habla la lengua de la paciencia y de la perseverancia; no se quedaron como turistas del espíritu, eternamente indecisos e insatisfechos, porque saben que están en las manos de Uno que no deja de cumplir sus promesas y cuya Providencia hace que nada pueda jamás separarlos de esa pertenencia. Esta conciencia crece con la caridad pastoral con la que rodean de atenciones y de ternura a las personas que se les confían, hasta llegar a conocerlas una por una.

Sí, aún es tiempo de presbíteros de esta magnitud, «puentes» para el encuentro entre Dios y el mundo, centinelas capaces de dejar intuir una riqueza de otro modo perdida.

Sacerdotes así no se improvisan: los forja el precioso trabajo formativo del seminario, y la ordenación los consagra para siempre hombres de Dios y servidores de su pueblo. Pero puede suceder que el tiempo entibie la generosa entrega de los comienzos, y entonces es en vano coser parches nuevos en un vestido viejo: la identidad del presbítero, precisamente porque viene de lo alto, le exige un camino diario de apropriación siempre nuevo, a partir de aquello que lo ha convertido en un ministro de Jesucristo.

La formación de la que hablamos es una experiencia de discipulado permanente, que acerca a Cristo y permite identificarse cada vez más a Él. Por ello la formación no tiene un final, porque los sacerdotes nunca dejan de ser discípulos de Jesús, de seguirlo. Así, pues, la formación en cuanto discipulado acompaña toda la vida del ministro ordenado y se refiere integralmente a su persona y a su ministerio. La formación inicial y la permanente son dos momentos de una sola realidad: el camino del discípulo presbítero, enamorado de su Señor y constantemente en su seguimiento (cf. *Discurso a la plenaria de la Congregación para el clero*, 3 de octubre de 2014).

Por lo demás, hermanos, vosotros sabéis que no sirven sacerdotes clericales cuyo comportamiento expone a alejar a la gente del Señor, ni presbí-

teros funcionarios que, mientras desempeñan una función, buscan lejos de Él el propio consuelo. Sólo quien tiene fija la mirada en lo que es de verdad esencial puede renovar el propio sí al don recibido y, en las diversas etapas de la vida, no deja de entregarse; sólo quien se deja conformar al buen Pastor encuentra unidad, paz y fuerza en la obediencia del servicio; sólo quien vive en el horizonte de la fraternidad presbiteral sale de la falsedad de una conciencia que se afirma epicentro de todo, única medida del propio sentir y de las propias acciones.

Os deseo jornadas de escucha y de confrontación, que lleven a trazar itinerarios de formación permanente, capaces de conjugar la dimensión espiritual con la cultural, la dimensión comunitaria con la pastoral: son estos los pilares de vidas formadas según el Evangelio, custodiadas en la disciplina cotidiana, en la oración, en la guarda de los sentidos, en la atención a sí mismo, en el testimonio humilde y profético; vidas que devuelven a la Iglesia la confianza que ella puso antes en ellos.

Os acompaño con mi oración y mi bendición, que extiendo, por intercesión de la Virgen Madre, a todos los sacerdotes de la Iglesia en Italia y a quienes trabajan al servicio de su formación; y os agradezco vuestras oraciones por mí y por mi ministerio.

* * *

VIII

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 19-11-2014)

Un gran don del Concilio Vaticano II fue haber recuperado una visión de Iglesia fundada en la comunión, y haber comprendido de nuevo el principio de la autoridad y de la jerarquía en esa perspectiva. Esto nos ha ayudado a comprender mejor que todos los cristianos, en cuanto bautizados, tienen igual dignidad ante el Señor y los une la misma vocación, que es la santidad (cf. const.*Lumen gentium*, 39-42). Ahora nos preguntamos: ¿en qué consiste esta vocación universal a ser santos? ¿Y cómo podemos realizarla?

Ante todo debemos tener bien presente que la santidad no es algo que nos procuramos nosotros, que obtenemos con nuestras cualidades y capa-

cidades. La santidad es un don, es el don que nos da el Señor Jesús, cuando nos toma para sí y nos reviste de sí mismo, nos hace como Él. En la Carta a los Efesios, el apóstol Pablo afirma que «Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla» (*Ef* 5, 25-26). Aquí está, verdaderamente la santidad es el rostro más bello de la Iglesia, el rostro más bello: es un redescubrirse en comunión con Dios, en la plenitud de su vida y de su amor. Se comprende, entonces, que la santidad no es una prerrogativa sólo de algunos: la santidad es un don ofrecido a todos, ninguno excluido, por lo cual constituye el carácter distintivo de todo cristiano.

Todo esto nos hace comprender que, para ser santos, no hay que ser forzosamente obispos, sacerdotes o religiosos: no, todos estamos llamados a ser santos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada sólo para quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicarse exclusivamente a la oración. Pero no es así. Alguno piensa que la santidad es cerrar los ojos y poner cara de santito. ¡No! No es esto la santidad. La santidad es algo más grande, más profundo que nos da Dios. Es más, estamos llamados a ser santos precisamente viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio cristiano en las ocupaciones de cada día. Y cada uno en las condiciones y en el estado de vida en el que se encuentra. ¿Tú eres consagrado, eres consagrada? Sé santo viviendo con alegría tu entrega y tu ministerio. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un bautizado no casado? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo y ofreciendo el tiempo al servicio de los hermanos. «Pero, padre, yo trabajo en una fábrica; yo trabajo como contable, siempre con los números, y allí no se puede ser santo…». –«Sí, se puede. Allí donde trabajas, tú puedes ser santo. Dios te da la gracia para llegar a ser santo. Dios se comunica contigo». Siempre, en todo lugar se puede llegar a ser santo, es decir, podemos abrirnos a esta gracia que actúa dentro de nosotros y nos conduce a la santidad. ¿Eres padre o abuelo? Sé santo enseñando con pasión a los hijos o a los nietos a conocer y a seguir a Jesús. Es necesaria mucha paciencia para esto, para ser un buen padre, un buen abuelo, una buena madre, una buena abuela; se necesita mucha paciencia y en esa paciencia está la santidad: ejercitando la paciencia. ¿Eres catequista, educador o voluntario? Sé santo siendo signo visible del amor de Dios y de su presencia junto a nosotros. Es esto: cada estado de vida conduce a la santidad, ¡siempre! En tu casa, por la calle, en el trabajo, en la Iglesia, en ese momento y en tu estado de vida se abrió el camino hacia la santidad. No os desalentéis al ir por este camino. Es precisamente Dios quien nos da la gracia. Sólo esto pide el Señor: que estemos en comunión con Él y al servicio de los hermanos.

A este punto, cada uno de nosotros puede hacer un poco de examen de conciencia, ahora podemos hacerlo, que cada uno responda a sí mismo, en

silencio: ¿cómo hemos respondido hasta ahora a la llamada del Señor a la santidad? ¿Tengo ganas de ser un poco mejor, de ser más cristiano, más cristiana? Este es el camino de la santidad. Cuando el Señor nos invita a ser santos, no nos llama a algo pesado, triste… ¡Todo lo contrario! Es la invitación a compartir su alegría, a vivir y a entregar con gozo cada momento de nuestra vida, convirtiéndolo al mismo tiempo en un don de amor para las personas que están a nuestro alrededor. Si comprendemos esto, todo cambia y adquiere un significado nuevo, un significado hermoso, un significado comenzando por las pequeñas cosas de cada día. Un ejemplo. Una señora va al mercado a hacer la compra, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y luego vienen las críticas y esta señora dice: «No, no, no yo no hablaré mal de nadie». Este es un paso hacia la santidad, te ayuda a ser más santo. Luego, en tu casa, tu hijo te pide hablar un poco de sus cosas fantasiosas: «Oh, estoy muy cansado, he trabajado mucho hoy…» – «Pero tú acomódate y escucha a tu hijo, que lo necesita». Y tú te acomodas, lo escuchas con paciencia: este es un paso hacia la santidad. Luego termina el día, estamos todos cansados, pero está la oración. Hagamos la oración: también este es un paso hacia la santidad. Después viene el domingo y vamos a misa, comulgamos, a veces precedido de una hermosa confesión que nos limpie un poco. Esto es un paso hacia la santidad. Luego pensamos en la Virgen, tan buena, tan hermosa, y tomamos el rosario y rezamos. Este es un paso hacia la santidad. Luego voy por la calle, veo a un pobre, a un necesitado, me detengo, hablo con él, le doy algo: es un paso a la santidad. Son pequeñas cosas, pero muchos pequeños pasos hacia la santidad. Cada paso hacia la santidad nos hará personas mejores, libres del egoísmo y de la cerrazón en sí mismos, y abiertas a los hermanos y a sus necesidades.

Queridos amigos, en la Primera Carta de san Pedro se nos dirige esta exhortación: «Como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios, poned al servicio de los demás el carisma que cada uno ha recibido. Si uno habla, que sean sus palabras como palabras de Dios; si uno presta servicio, que lo haga con la fuerza que Dios le concede, para que Dios sea glorificado en todo, por medio de Jesucristo» (4, 10-11). He aquí la invitación a la santidad. Acojámosla con alegría, y apoyémonos unos a otros, porque el camino hacia la santidad no se recorre solos, cada uno por su cuenta, sino que se recorre juntos, en ese único cuerpo que es la Iglesia, amada y santificada por el Señor Jesucristo. Sigamos adelante con valentía en esta senda de la santidad.

✻✻✻

IX

CARTA APOSTÓLICA A TODOS LOS CONSAGRADOS CON OCASIÓN DEL AÑO DE LA VIDA CONSAGRADA

Os escribo como Sucesor de Pedro, a quien el Señor Jesús confió la tarea de confirmar a sus hermanos en la fe (cf. *Lc* 22,32), y me dirijo a vosotros como hermano vuestro, consagrado a Dios como vosotros.

Demos gracias juntos al Padre, que nos ha llamado a seguir a Jesús en plena adhesión a su Evangelio y en el servicio de la Iglesia, y que ha derramado en nuestros corazones el Espíritu Santo que nos da alegría y nos hace testimoniar al mundo su amor y su misericordia.

He decidido convocar un Año de la Vida Consagrada haciéndome eco del sentir de muchos y de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, con motivo del 50 aniversario de la Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, que en el capítulo sexto trata de los religiosos, así como del Decreto *Perfectae caritatis* sobre la renovación de la vida religiosa. Dicho Año comenzará el próximo 30 de noviembre, primer Domingo de Adviento, y terminará con la fiesta de la Presentación del Señor, el 2 de febrero de 2016.

Después de escuchar a la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, he indicado como objetivos para este Año los mismos que san Juan Pablo II propuso a la Iglesia a comienzos del tercer milenio, retomando en cierto modo lo que ya había dicho en la Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata*: «Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir. Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas» (n. 110).

I . Objetivos para el Año de la Vida Consagrada

1. El primer objetivo es *mirar al pasado con gratitud*. Cada Instituto viene de una rica historia carismática. En sus orígenes se hace presente la acción de Dios que, en su Espíritu, llama a algunas personas a seguir de cerca a Cristo, para traducir el Evangelio en una particular forma de vida, a leer con los ojos de la fe los signos de los tiempos, a responder creativamente a las necesidades de la Iglesia. La experiencia de los comienzos ha ido después creciendo y desarrollándose, incorporando otros miembros en

nuevos contextos geográficos y culturales, dando vida a nuevos modos de actuar el carisma, a nuevas iniciativas y formas de caridad apostólica. Es como la semilla que se convierte en un árbol que expande sus ramas.

Es oportuno que cada familia carismática recuerde este Año sus inicios y su desarrollo histórico, para dar gracias a Dios, que ha dado a la Iglesia tantos dones, que la embellecen y la preparan para toda obra buena (cf. *Lumen gentium*, 12).

Poner atención en la propia historia es indispensable para mantener viva la identidad y fortalecer la unidad de la familia y el sentido de pertenencia de sus miembros. No se trata de hacer arqueología o cultivar inútiles nostalgias, sino de recorrer el camino de las generaciones pasadas para redescubrir en él la chispa inspiradora, los ideales, los proyectos, los valores que las han impulsado, partiendo de los fundadores y fundadoras y de las primeras comunidades. También es una manera de tomar conciencia de cómo se ha vivido el carisma a través de los tiempos, la creatividad que ha desplegado, las dificultades que ha debido afrontar y cómo fueron superadas. Se podrán descubrir incoherencias, fruto de la debilidad humana, y a veces hasta el olvido de algunos aspectos esenciales del carisma. Todo es instructivo y se convierte a la vez en una llamada a la conversión. Recorrer la propia historia es alabar a Dios y darle gracias por todos sus dones.

Le damos gracias de manera especial por estos últimos 50 años desde el Concilio Vaticano II, que ha representado un «soplo» del Espíritu Santo para toda la Iglesia. Gracias a él, la vida consagrada ha puesto en marcha un fructífero proceso de renovación, con sus luces y sombras, ha sido un tiempo de gracia, marcado por la presencia del Espíritu.

Que este Año de la Vida Consagrada sea también una ocasión para confesar con humildad, y a la vez con gran confianza en el Dios amor (cf. *1 Jn* 4,8), la propia fragilidad, y para vivirlo como una experiencia del amor misericordioso del Señor; una ocasión para proclamar al mundo con entusiasmo y dar testimonio con gozo de la santidad y vitalidad que hay en la mayor parte de los que han sido llamados a seguir a Cristo en la vida consagrada.

2. Este Año nos llama también a *vivir el presente con pasión*. La memoria agradecida del pasado nos impulsa, escuchando atentamente lo que el Espíritu dice a la Iglesia de hoy, a poner en práctica de manera cada vez más profunda los aspectos constitutivos de nuestra vida consagrada.

Desde los comienzos del primer monacato, hasta las actuales «nuevas comunidades», toda forma de vida consagrada ha nacido de la llamada del Espíritu a seguir a Cristo como se enseña en el Evangelio (cf. *Perfectae*

caritatis, 2). Para los fundadores y fundadoras, la regla en absoluto ha sido el Evangelio, cualquier otra norma quería ser únicamente una expresión del Evangelio y un instrumento para vivirlo en plenitud. Su ideal era Cristo, unirse a él totalmente, hasta poder decir con Pablo: «Para mí la vida es Cristo» (*Flp* 1,21); los votos tenían sentido sólo para realizar este amor apasionado.

La pregunta que hemos de plantearnos en este Año es si, y cómo, nos dejamos interpelar por el Evangelio; si este es realmente el *vademecum* para la vida cotidiana y para las opciones que estamos llamados a tomar. El Evangelio es exigente y requiere ser vivido con radicalidad y sinceridad. No basta leerlo (aunque la lectura y el estudio siguen siendo de extrema importancia), no es suficiente meditarlo (y lo hacemos con alegría todos los días). Jesús nos pide ponerlo en práctica, vivir sus palabras.

Jesús, hemos de preguntarnos aún, ¿es realmente el primero y único amor, como nos hemos propuesto cuando profesamos nuestros votos? Sólo si es así, podemos y debemos amar en la verdad y la misericordia a toda persona que encontramos en nuestro camino, porque habremos aprendido de él lo que es el amor y cómo amar: sabremos amar porque tendremos su mismo corazón.

Nuestros fundadores y fundadoras han sentido en sí la compasión que embargaba a Jesús al ver a la multitud como ovejas extraviadas, sin pastor. Así como Jesús, movido por esta compasión, ofreció su palabra, curó a los enfermos, dio pan para comer, entregó su propia vida, así también los fundadores se han puesto al servicio de la humanidad allá donde el Espíritu les enviaba, y de las más diversas maneras: la intercesión, la predicación del Evangelio, la catequesis, la educación, el servicio a los pobres, a los enfermos… La fantasía de la caridad no ha conocido límites y ha sido capaz de abrir innumerables sendas para llevar el aliento del Evangelio a las culturas y a los más diversos ámbitos de la sociedad.

El Año de la Vida Consagrada nos interpela sobre la fidelidad a la misión que se nos ha confiado. Nuestros ministerios, nuestras obras, nuestras presencias, ¿responden a lo que el Espíritu ha pedido a nuestros fundadores, son adecuados para abordar su finalidad en la sociedad y en la Iglesia de hoy? ¿Hay algo que hemos de cambiar? ¿Tenemos la misma pasión por nuestro pueblo, somos cercanos a él hasta compartir sus penas y alegrías, así como para comprender verdaderamente sus necesidades y poder ofrecer nuestra contribución para responder a ellas? «La misma generosidad y abnegación que impulsaron a los fundadores –decía san Juan Pablo II– deben moveros a vosotros, sus hijos espirituales, a mantener vivos sus carismas que, con la misma fuerza del Espíritu que los ha suscitado, siguen enriqueciéndose y adaptándose, sin perder su carácter

genuino, para ponerse al servicio de la Iglesia y llevar a plenitud la implantación de su Reino»[1].

Al hacer memoria de los orígenes sale a luz otra dimensión más del proyecto de vida consagrada. Los fundadores y fundadoras estaban fascinados por la unidad de los Doce en torno a Jesús, de la comunión que caracterizaba a la primera comunidad de Jerusalén. Cuando han dado vida a la propia comunidad, todos ellos han pretendido reproducir aquel modelo evangélico, ser un sólo corazón y una sola alma, gozar de la presencia del Señor (cf. *Perfectae caritatis*, 15).

Vivir el presente con pasión es hacerse «expertos en comunión», «testigos y artífices de aquel "proyecto de comunión" que constituye la cima de la historia del hombre según Dios»[2].En una sociedad del enfrentamiento, de difícil convivencia entre las diferentes culturas, de la prepotencia con los más débiles, de las desigualdades, estamos llamados a ofrecer un modelo concreto de comunidad que, a través del reconocimiento de la dignidad de cada persona y del compartir el don que cada uno lleva consigo, permite vivir en relaciones fraternas.

Sed, pues, mujeres y hombres de comunión, haceos presentes con decisión allí donde hay diferencias y tensiones, y sed un signo creíble de la presencia del Espíritu, que infunde en los corazones la pasión de que todos sean uno (cf. *Jn* 17,21). Vivid la *mística del encuentro*: «la capacidad de escuchar, de escuchar a las demás personas. La capacidad de buscar juntos el camino, el método»[3], dejándoos iluminar por la relación de amor que recorre las tres Personas Divinas (cf. *1 Jn* 4,8) como modelo de toda relación interpersonal.

3. *Abrazar el futuro con esperanza* quiere ser el tercer objetivo de este Año. Conocemos las dificultades que afronta la vida consagrada en sus diversas formas: la disminución de vocaciones y el envejecimiento, sobre todo en el mundo occidental, los problemas económicos como consecuencia de la grave crisis financiera mundial, los retos de la internacionalidad y la globalización, las insidias del relativismo, la marginación y la irrelevancia social… Precisamente en estas incertidumbres, que compartimos con muchos de nuestros contemporáneos, se levanta nuestra esperanza, fruto de la

[1] Carta ap. *Los caminos del Evangelio*, a los religiosos y religiosas de América Latina con motivo del V centenario de la evangelización del Nuevo Mundo (29 junio 1990), 26.

[2] Sagrada Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares, *Religiosos y promoción humana* (12 agosto 1980), 24: *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española, 14 diciembre 1980, p. 16.

[3] *A los estudiantes de los colegios pontificios y residencias sacerdotales de Roma*, 12 mayo 2014.

fe en el Señor de la historia, que sigue repitiendo: «No tengas miedo, que yo estoy contigo» (*Jr* 1,8).

La esperanza de la que hablamos no se basa en los números o en las obras, sino en aquel en quien hemos puesto nuestra confianza (cf. *2 Tm* 1,12) y para quien «nada es imposible» (*Lc* 1,37). Esta es la esperanza que no defrauda y que permitirá a la vida consagrada seguir escribiendo una gran historia en el futuro, al que debemos seguir mirando, conscientes de que hacia él es donde nos conduce el Espíritu Santo para continuar haciendo cosas grandes con nosotros.

No hay que ceder a la tentación de los números y de la eficiencia, y menos aún a la de confiar en las propias fuerzas. Examinad los horizontes de la vida y el momento presente en vigilante vela. Con Benedicto XVI, repito: «No os unáis a los profetas de desventuras que proclaman el final o el sinsentido de la vida consagrada en la Iglesia de nuestros días; más bien revestíos de Jesucristo y portad las armas de la luz –como exhorta san Pablo (cf. *Rm* 13,11-14)–, permaneciendo despiertos y vigilantes»[4]. Continuemos y reemprendamos siempre nuestro camino con confianza en el Señor.

Me dirijo sobre todo a vosotros, jóvenes. Sed el presente viviendo activamente en el seno de vuestros Institutos, ofreciendo una contribución determinante con la frescura y la generosidad de vuestra opción. Sois al mismo tiempo el futuro, porque pronto seréis llamados a tomar en vuestras manos la guía de la animación, la formación, el servicio y la misión. Este año tendréis un protagonismo en el diálogo con la generación que os precede. En comunión fraterna, podréis enriqueceros con su experiencia y sabiduría, y al mismo tiempo tendréis ocasión de volver a proponerle los ideales que ha vivido en sus inicios, ofrecer la pujanza y lozanía de vuestro entusiasmo, y así desarrollar juntos nuevos modos de vivir el Evangelio y respuestas cada vez más adecuadas a las exigencias del testimonio y del anuncio.

Me alegra saber que tendréis oportunidades para reuniros entre vosotros, jóvenes de diferentes Institutos. Que el encuentro se haga el camino habitual de la comunión, del apoyo mutuo, de la unidad.

II. Expectativas para el Año de la Vida Consagrada

¿Qué espero en particular de este Año de gracia de la Vida Consagrada?

1. Que sea siempre verdad lo que dije una vez: «Donde hay religiosos hay alegría». Estamos llamados a experimentar y demostrar que Dios es capaz de colmar nuestros corazones y hacernos felices, sin necesidad de

[4] *Homilía en la fiesta de la Presentación del Señor*, 2 febrero 2013.

buscar nuestra felicidad en otro lado; que la auténtica fraternidad vivida en nuestras comunidades alimenta nuestra alegría; que nuestra entrega total al servicio de la Iglesia, las familias, los jóvenes, los ancianos, los pobres, nos realiza como personas y da plenitud a nuestra vida.

Que entre nosotros no se vean caras tristes, personas descontentas, porque «un seguimiento triste es un triste seguimiento». También nosotros, al igual que todos los otros hombres y mujeres, sentimos las dificultades, las noches del espíritu, la decepción, la enfermedad, la pérdida de fuerzas debido a la vejez. Precisamente en esto deberíamos encontrar la «perfecta alegría», aprender a reconocer el rostro de Cristo, que se hizo en todo semejante a nosotros, y sentir por tanto la alegría de sabernos semejantes a él, que no ha rehusado someterse a la cruz por amor nuestro.

En una sociedad que ostenta el culto a la eficiencia, al estado pletórico de salud, al éxito, y que margina a los pobres y excluye a los «perdedores», podemos testimoniar mediante nuestras vidas la verdad de las palabras de la Escritura: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (*2 Co* 12,10).

Bien podemos aplicar a la vida consagrada lo que escribí en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, citando una homilía de Benedicto XVI: «La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción» (n. 14). Sí, la vida consagrada no crece cuando organizamos bellas campañas vocacionales, sino cuando los jóvenes que nos conocen se sienten atraídos por nosotros, cuando nos ven hombres y mujeres felices. Tampoco su eficacia apostólica depende de la eficiencia y el poderío de sus medios. Es vuestra vida la que debe hablar, una vida en la que se trasparenta la alegría y la belleza de vivir el Evangelio y de seguir a Cristo.

Repito a vosotros lo que dije en la última Vigilia de Pentecostés a los Movimientos eclesiales: «El valor de la Iglesia, fundamentalmente, es vivir el Evangelio y dar testimonio de nuestra fe. La Iglesia es la sal de la tierra, es luz del mundo, está llamada a hacer presente en la sociedad la levadura del Reino de Dios y lo hace ante todo con su testimonio, el testimonio del amor fraterno, de la solidaridad, del compartir» (18 mayo 2013).

2. Espero que «despertéis al mundo», porque la nota que caracteriza la vida consagrada es la profecía. Como dije a los Superiores Generales, «la radicalidad evangélica no es sólo de los religiosos: se exige a todos. Pero los religiosos siguen al Señor de manera especial, de modo profético». Esta es la prioridad que ahora se nos pide: «Ser profetas como Jesús ha vivido en esta tierra… Un religioso nunca debe renunciar a la profecía» (29 noviembre 2013).

El profeta recibe de Dios la capacidad de observar la historia en la que vive y de interpretar los acontecimientos: es como un centinela que vigila por la noche y sabe cuándo llega el alba (cf. *Is* 21,11-12). Conoce a Dios

y conoce a los hombres y mujeres, sus hermanos y hermanas. Es capaz de discernir, y también de denunciar el mal del pecado y las injusticias, porque es libre, no debe rendir cuentas a más amos que a Dios, no tiene otros intereses sino los de Dios. El profeta está generalmente de parte de los pobres y los indefensos, porque sabe que Dios mismo está de su parte.

Espero, pues, que mantengáis vivas las «utopías», pero que sepáis crear «otros lugares» donde se viva la lógica evangélica del don, de la fraternidad, de la acogida de la diversidad, del amor mutuo. Los monasterios, comunidades, centros de espiritualidad, «ciudades», escuelas, hospitales, casas de acogida y todos esos lugares que la caridad y la creatividad carismática han fundado, y que fundarán con mayor creatividad aún, deben ser cada vez más la levadura para una sociedad inspirada en el Evangelio, la «ciudad sobre un monte» que habla de la verdad y el poder de las palabras de Jesús.

A veces, como sucedió a Elías y Jonás, se puede tener la tentación de huir, de evitar el cometido del profeta, porque es demasiado exigente, porque se está cansado, decepcionado de los resultados. Pero el profeta sabe que nunca está solo. También a nosotros, como a Jeremías, Dios nos asegura: «No tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte» (1,8).

3. Los religiosos y las religiosas, al igual que todas las demás personas consagradas, están llamadas a ser «expertos en comunión». Espero, por tanto, que la «espiritualidad de comunión», indicada por san Juan Pablo II, se haga realidad y que vosotros estéis en primera línea para acoger «el gran desafío que tenemos ante nosotros» en este nuevo milenio: «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión»[5]. Estoy seguro de que este Año trabajaréis con seriedad para que el ideal de fraternidad perseguido por los fundadores y fundadoras crezca en los más diversos niveles, como en círculos concéntricos.

La comunión se practica ante todo en las respectivas comunidades del Instituto. A este respecto, invito a releer mis frecuentes intervenciones en las que no me canso de repetir que la crítica, el chisme, la envidia, los celos, los antagonismos, son actitudes que no tienen derecho a vivir en nuestras casas. Pero, sentada esta premisa, el camino de la caridad que se abre ante nosotros es casi infinito, pues se trata de buscar la acogida y la atención recíproca, de practicar la comunión de bienes materiales y espirituales, la corrección fraterna, el respeto para con los más débiles… Es «la mística de vivir juntos» que hace de nuestra vida «una santa peregrinación»[6]. También debemos preguntarnos sobre la relación entre personas de diferentes

[5] Carta ap. *Novo millennio ineunte*, 6 enero 2001, 43
[6] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24 noviembre 2013, 87.

culturas, teniendo en cuenta que nuestras comunidades se hacen cada vez más internacionales. ¿Cómo permitir a cada uno expresarse, ser aceptado con sus dones específicos, ser plenamente corresponsable?

También espero que crezca la comunión entre los miembros de los distintos Institutos. ¿No podría ser este Año la ocasión para salir con más valor de los confines del propio Instituto para desarrollar juntos, en el ámbito local y global, proyectos comunes de formación, evangelización, intervenciones sociales? Así se podrá ofrecer más eficazmente un auténtico testimonio profético. La comunión y el encuentro entre diferentes carismas y vocaciones es un camino de esperanza. Nadie construye el futuro aislándose, ni sólo con sus propias fuerzas, sino reconociéndose en la verdad de una comunión que siempre se abre al encuentro, al diálogo, a la escucha, a la ayuda mutua, y nos preserva de la enfermedad de la autoreferencialidad.

Al mismo tiempo, la vida consagrada está llamada a buscar una sincera sinergia entre todas las vocaciones en la Iglesia, comenzando por los presbíteros y los laicos, así como a «fomentar la espiritualidad de la comunión, ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial misma y más allá aún de sus confines»[7].

4. Espero de vosotros, además, lo que pido a todos los miembros de la Iglesia: salir de sí mismos para ir a las periferias existenciales. «Id al mundo entero», fue la última palabra que Jesús dirigió a los suyos, y que sigue dirigiéndonos hoy a todos nosotros (cf. *Mc* 16,15). Hay toda una humanidad que espera: personas que han perdido toda esperanza, familias en dificultad, niños abandonados, jóvenes sin futuro alguno, enfermos y ancianos abandonados, ricos hartos de bienes y con el corazón vacío, hombres y mujeres en busca del sentido de la vida, sedientos de lo divino…

No os repleguéis en vosotros mismos, no dejéis que las pequeñas peleas de casa os asfixien, no quedéis prisioneros de vuestros problemas. Estos se resolverán si vais fuera a ayudar a otros a resolver sus problemas y anunciar la Buena Nueva. Encontraréis la vida dando la vida, la esperanza dando esperanza, el amor amando.

Espero de vosotros gestos concretos de acogida a los refugiados, de cercanía a los pobres, de creatividad en la catequesis, en el anuncio del Evangelio, en la iniciación a la vida de oración. Por tanto, espero que se aligeren las estructuras, se reutilicen las grandes casas en favor de obras más acordes a las necesidades actuales de evangelización y de caridad, se adapten las obras a las nuevas necesidades.

---

[7] Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal. *Vita consecrata*, 25 marzo 1996,51.

5. Espero que toda forma de vida consagrada se pregunte sobre lo que Dios y la humanidad de hoy piden.

Los monasterios y los grupos de orientación contemplativa podrían reunirse entre sí, o estar en contacto de algún modo, para intercambiar experiencias sobre la vida de oración, sobre el modo de crecer en la comunión con toda la Iglesia, sobre cómo apoyar a los cristianos perseguidos, sobre la forma de acoger y acompañar a los que están en busca de una vida espiritual más intensa o tienen necesidad de apoyo moral o material.

Lo mismo pueden hacer los Institutos dedicados a la caridad, a la enseñanza, a la promoción de la cultura, los que se lanzan al anuncio del Evangelio o desarrollan determinados ministerios pastorales, los Institutos seculares en su presencia capilar en las estructuras sociales. La fantasía del Espíritu ha creado formas de vida y obras tan diferentes, que no podemos fácilmente catalogarlas o encajarlas en esquemas prefabricados. No me es posible, pues, referirme a cada una de las formas carismáticas en particular. No obstante, nadie debería eludir este Año una verificación seria sobre su presencia en la vida de la Iglesia y su manera de responder a los continuos y nuevos interrogantes que se suscitan en nuestro alrededor, al grito de los pobres.

Sólo con esta atención a las necesidades del mundo y con la docilidad al Espíritu, este Año de la Vida Consagrada se transformará en un auténtico *kairòs*, un tiempo de Dios lleno de gracia y de transformación.

III. Horizontes del Año de la Vida Consagrada

1. Con esta carta me dirijo, además de a las personas consagradas, a *los laicos que comparten con ellas ideales, espíritu y misión*. Algunos Institutos religiosos tienen una larga tradición en este sentido, otros tienen una experiencia más reciente. En efecto, alrededor de cada familia religiosa, y también de las Sociedades de vida apostólica y de los mismos Institutos seculares, existe una familia más grande, la «familia carismática», que comprende varios Institutos que se reconocen en el mismo carisma, y sobre todo cristianos laicos que se sienten llamados, precisamente en su condición laical, a participar en el mismo espíritu carismático.

También os animo a vosotros, fieles laicos, a vivir este Año de la Vida Consagrada como una gracia que os puede hacer más conscientes del don recibido. Celebradlo con toda la «familia» para crecer y responder a las llamadas del Espíritu en la sociedad actual. En algunas ocasiones, cuando los consagrados de diversos Institutos se reúnan entre ellos este Año, procurad estar presentes también vosotros, como expresión del único don de Dios,

con el fin de conocer las experiencias de otras familias carismáticas, de los otros grupos laicos y enriqueceros y ayudaros recíprocamente.

2. El Año de la Vida Consagrada no sólo afecta a las personas consagradas, sino a toda la Iglesia. Me dirijo, pues, a *todo el pueblo cristiano*, para que tome conciencia cada vez más del don de tantos consagrados y consagradas, herederos de grandes santos que han fraguado la historia del cristianismo. ¿Qué sería la Iglesia sin san Benito y san Basilio, san Agustín y san Bernardo, san Francisco y santo Domingo, sin san Ignacio de Loyola y santa Teresa de Ávila, santa Ángela Merici y san Vicente de Paúl? La lista sería casi infinita, hasta san Juan Bosco, la beata Teresa de Calcuta. El beato Pablo VI decía: «Sin este signo concreto, la caridad que anima la Iglesia entera correría el riesgo de enfriarse, la paradoja salvífica del Evangelio de perder garra, la "sal" de la fe de disolverse en un mundo de secularización» (*Evangelica testificatio*, 3).

Invito por tanto a todas las comunidades cristianas a vivir este Año, ante todo dando gracias al Señor y haciendo memoria reconocida de los dones recibidos, y que todavía recibimos, a través de la santidad de los fundadores y fundadoras, y de la fidelidad de tantos consagrados al propio carisma. Invito a todos a unirse en torno a las personas consagradas, a alegrarse con ellas, a compartir sus dificultades, a colaborar con ellas en la medida de lo posible, para la realización de su ministerio y sus obras, que son también las de toda la Iglesia. Hacedles sentir el afecto y el calor de todo el pueblo cristiano.

Bendigo al Señor por la feliz coincidencia del Año de la Vida Consagrada con el Sínodo sobre la familia. Familia y vida consagrada son vocaciones portadoras de riqueza y gracia para todos, ámbitos de humanización en la construcción de relaciones vitales, lugares de evangelización. Se pueden ayudar unos a otros.

3. Con esta carta me atrevo a dirigirme también a *las personas consagradas y a los miembros de las fraternidades y comunidades pertenecientes a Iglesias de tradición diferente a la católica*. El monacato es un patrimonio de la Iglesia indivisa, todavía muy vivo tanto en las Iglesias ortodoxas como en la Iglesia Católica. En él, como otras experiencias posteriores al tiempo en el que la Iglesia de Occidente todavía estaba unida, se han inspirado iniciativas análogas surgidas en el ámbito de las Comunidades eclesiales de la Reforma, que luego han continuado a generar en su seno otras expresiones de comunidades fraternas y de servicio.

La Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica ha programado iniciativas para propiciar encuentros entre miembros pertenecientes a experiencias de la vida consagrada y

fraterna de las diversas Iglesias. Aliento vivamente estas reuniones, para que crezca el conocimiento recíproco, la estima, la mutua colaboración, de manera que el ecumenismo de la vida consagrada sea una ayuda en el proyecto más amplio hacia la unidad entre todas las Iglesias.

4. Tampoco podemos olvidar que el fenómeno de la vida monástica y de otras expresiones de fraternidad religiosa existe también en todas las grandes religiones. No faltan experiencias, también consolidadas, de diálogo inter-monástico entre la Iglesia Católica y algunas de las grandes tradiciones religiosas. Espero que el Año de la Vida Consagrada sea la ocasión para evaluar el camino recorrido, para sensibilizar a las personas consagradas en este campo, para preguntarnos sobre nuevos pasos a dar hacia una recíproca comprensión cada vez más profunda y para una colaboración en muchos ámbitos comunes de servicio a la vida humana.

Caminar juntos es siempre un enriquecimiento, y puede abrir nuevas vías a las relaciones entre pueblos y culturas, que en este período aparecen plagadas de dificultades.

5. Por último, me dirijo a mis hermanos en el episcopado. Que este Año sea una oportunidad para acoger cordialmente y con alegría la vida consagrada como un capital espiritual para el bien de todo el Cuerpo de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 43), y no sólo de las familias religiosas. «La vida consagrada es un don para la Iglesia, nace en la Iglesia, crece en la Iglesia, está totalmente orientada a la Iglesia»[8]. De aquí que, como don a la Iglesia, no es una realidad aislada o marginal, sino que pertenece íntimamente a ella, está en el corazón de la Iglesia como elemento decisivo de su misión, en cuanto expresa la naturaleza íntima de la vocación cristiana y la tensión de toda la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo; por tanto, «pertenece sin discusión a su vida y a su santidad» (*ibíd*., 44).

En este contexto, invito a los Pastores de las Iglesias particulares a una solicitud especial para promover en sus comunidades los distintos carismas, sean históricos, sean carismas nuevos, sosteniendo, animando, ayudando en el discernimiento, haciéndose cercanos con ternura y amor a las situaciones de dolor y debilidad en las que puedan encontrarse algunos consagrados y, en especial, iluminando con su enseñanza al Pueblo de Dios el valor de la vida consagrada, para hacer brillar su belleza y santidad en la Iglesia.

Encomiendo a María, la Virgen de la escucha y la contemplación, la primera discípula de su amado Hijo, este Año de la Vida Consagrada. A ella, hija predilecta del Padre y revestida de todos los dones de la gracia, nos

[8] J. M. Bergoglio, Intervención en el Sínodo sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo, XVI Congregación general, 13 octubre 1994.

dirigimos como modelo incomparable de seguimiento en el amor a Dios y en el servicio al prójimo.

Agradecido desde ahora con todos vosotros por los dones de gracia y de luz con los que el Señor nos quiera enriquecer, acompaño a todos con la Bendición Apostólica.

Vaticano, 21 de noviembre 2014, fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen María.

✻ ✻ ✻

ÍNDICE GENERAL

Páginas

EL ARZOBISPO

Homilías

Solemnidad de Todos los Santos 961
Conmemoración de todos los difuntos 964
Funeral por Obispos y sacerdotes difuntos 966
Clausura de "Las Edades del Hombre" (TV 2) 969
Inicio de curso del apostolado seglar 971
Ordenación diaconal de Fr. José Luis Galiana Herrero 973

Mensajes

Matrimonio, evangelización y renovación de la Iglesia: cinco claves del Papa Francisco 976
Participar en tu parroquia, cuestión de principios .. 978
Un modo diferente de vivir la muerte 979
La última asamblea plenaria de obispos de España . 981
Programa del Papa Francisco para los europeos 983

Otras intervenciones

Comunicado ante el incendio de la fábrica de Campofrío 985

Agenda del Sr. Arzobispo

Agenda del mes de noviembre 986

CURIA DIOCESANA

Secretaría General

Aprobación de Estatutos 989
En la paz del Señor: *Rvdo. D. Amador Peña García, Rvdo. D. Francisco Javier García Ballesteros, Rvdo. D. Serviliano Andrés Andrés* 989
Cuasa de beatificación y canonización del P. Eduardo Laforet Dorda 991
Fiestas laborales para el año 2015 992

Páginas

SECCION PASTORAL E INFORMACION

Delegación de juventud

Oración joven 995
Centinelas de la mañana 996

Delegación de Pastoral Obrera

Comunicado de la HOAC y la JOC de Burgos ante el incendio de Campofrío 998

Noticias de interés

Noticias de interés diocesano 1000

COMUNICADOS ECLESIALES

Conferencia Episcopal

Nombramiento episcopal para Segovia 1001
El sacerdote Manuel Almor Moliner, elegido Administrador Diocesano de Zaragoza 1003
Discurso inaugural de la CIV Asamblea Plenaria de la CEE 1004

Santo Padre

Audiencia General (29-10-2014) 1015
Homilía en la Solemnidad de Todos los Santos 1017
Audiencia General (5-11-2014) 1020
Discurso a la Asamblea General de la conferencia italiana de Superiores Mayores 1022
Mensaje a los seminaristas de Francia 1024
Audiencia General (12-11-2014) 1026
Carta a la Conferencia Episcopal italiana 1028
Audiencia General (19-11-2014) 1030
Carta Apostólica a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada 1033

Fotocomposición: Rico Adrados, S.L. Imprime: Rico Adrados, S.L.
Depósito legal: BU-90. – 1967
ISSN: 1885-2033